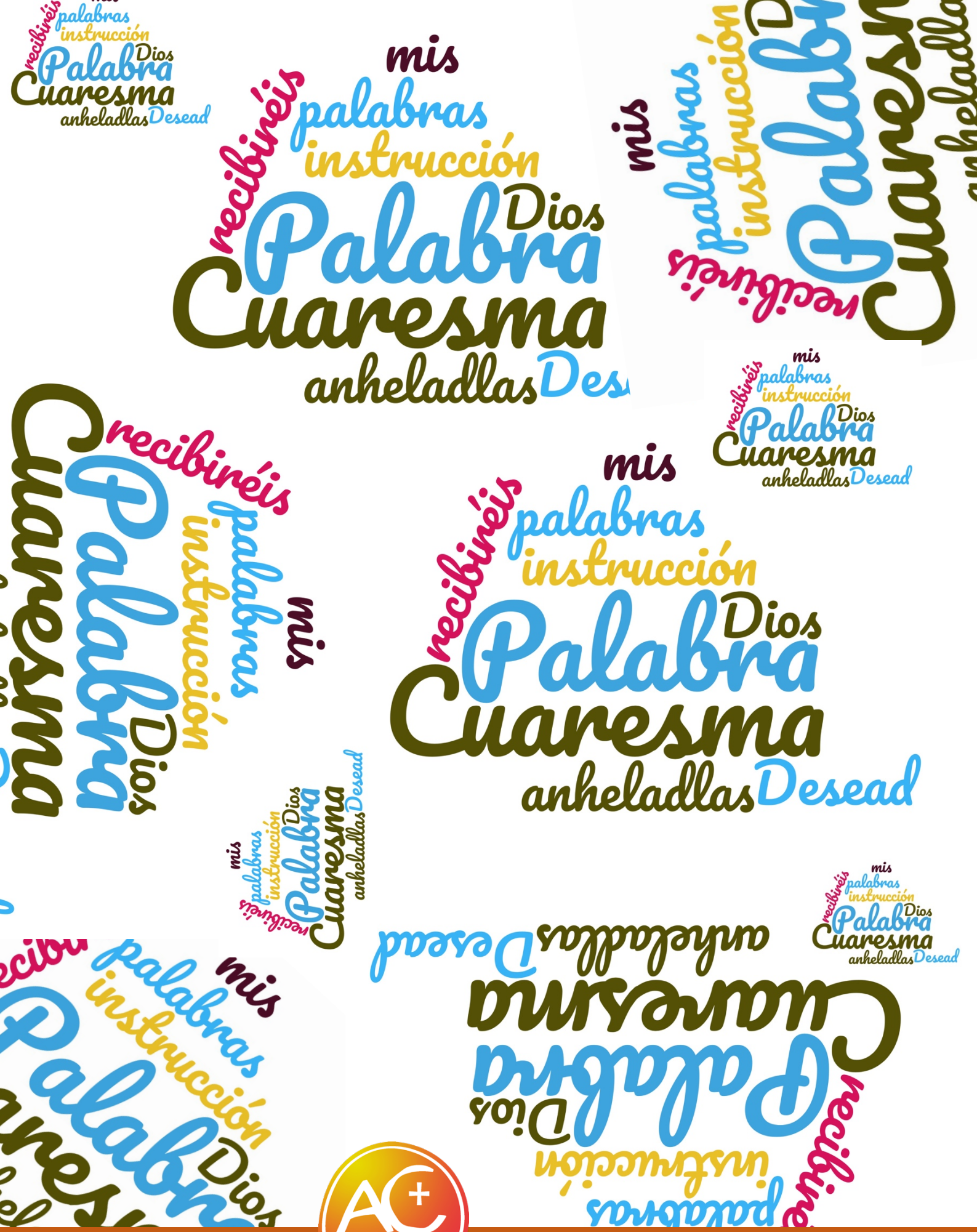


AC+ general

Material de Cuaresma 2020 - Acción Católica General

ÍNDICE

Introducción.....4

Material para los jóvenes y adultos
Semana a semana.....6

Material para los niños
Semana a semana.....45

Meditación sobre la Cuaresma y la Pascua.....54

Reflexiones para cada domingo en relación a la Carta del Papa Francisco "Aperuit Illis" sobre la fiesta de la Palabra de Dios.....58

Vía Crucis.....75

Introducción

Un año más nos disponemos a vivir este tiempo de gracia que es la Cuaresma, que, unido de una manera inseparable al misterio pascual, nos ayudará a renovar nuestra fe, a hacerla vida, a anunciarla y compartirla. 90 días que viviremos como gran acontecimiento de salvación.

Y es que la Cuaresma no es un tiempo aislado: está íntimamente unida a la Pascua, a la Cincuentena Pascual. Los 40 días de la preparación y los 50 de la celebración forman esos 90 días de "tiempo fuerte" en que acompañamos a Cristo en su camino a la cruz, hacia la vida nueva y el envío de su Espíritu.

Pascua es un acontecimiento nuevo cada año: no celebraremos el "aniversario de la muerte y resurrección de Cristo en una primavera como esta". Él, que ahora está en su existencia de resucitado, quiere comunicarnos en la Pascua de este año, su gracia, su vida nueva, su energía.

Queremos una vez más sumergirnos en la Palabra de Dios. El Papa Francisco, el pasado 30 de septiembre de 2019, fiesta de San Jerónimo, instituyó el *Domingo de la Palabra de Dios* que acabamos de celebrar en el pasado mes de enero, en concreto, el III Domingo del Tiempo Ordinario.

Se puede decir que el Papa Francisco, con esta fiesta de la Palabra, pretende abrirnos las Escrituras como Cristo hizo con los discípulos de Emaús, para que nuestros ojos, cegados, obcecados y atrapados por muchas otras realidades de la vida, experimenten la gran alegría y la apasionante emoción del corazón que nos lleve a un cambio de mentalidad, a una nueva visión del hombre y del mundo y a una apertura misionera definitiva que nos convierta en testigos de su presencia y del Evangelio en nuestra tierra. La apertura de las Escrituras nos abre un horizonte inmenso de esperanza y de alegría en medio de las angustias y miedos de este mundo.

Las lecturas dominicales del tiempo de Cuaresma muestran una organización muy pensada para irnos conduciendo por el camino cuaresmal hacia la plenitud de la Pascua de Cristo.

Los evangelios de estos domingos tienen una línea clásica y nos presentan a Jesús como el modelo viviente del camino pascual. Los dos primeros domingos son iguales en los tres ciclos, cada vez a partir de su evangelista: las tentaciones de Jesús en el desierto y su transfiguración en el monte.

Los siguientes domingos se caracterizan por sus temas bautismales, tomados del evangelio de Juan: el agua y la samaritana, la luz y la curación del ciego, la vida que recobra Lázaro. Y el Domingo de Ramos proclamamos siempre la Pasión del Señor, en este caso, según el evangelista Mateo.

De esta manera vemos cómo los evangelios siguen un itinerario catecumenal que nos lleva a la Pascua, cuando, entonces, renovaremos las promesas bautismales.

Adentrémonos en el desierto cuaresmal. El desierto es un lugar árido donde es fácil morir de hambre y sed. Después de salir de Egipto, el pueblo hebreo pasó 40 años en el desierto, y los consideró como tiempo de preparación y purificación para entrar a la tierra prometida.

En la Cuaresma recordamos esos 40 años y los 40 días que pasó Jesús en el desierto antes de iniciar su misión. Es algo más que un período de penitencia y sacrificio, es un período de apertura y conversión, es un período de renovación bautismal y profundización discipular, en el que buscamos nuestro "propio desierto", para encontrarnos nosotros mismos y redescubrir a Dios en nuestra vida, es, lo que los textos latinos llaman "sacramento de la Pascua" o "venerable sacramento de la Cuaresma".

¿Estás listo para tener algunos ratos de "desierto" y dialogar con Dios? ¿Quieres abrirte más a la Palabra de Dios? ¿Deseas, de verdad, ser más discípulo de Jesús?

Pues… ¡Adelante!

Material para los jóvenes y adultos

Semana a semana

Y para adentrarnos en el desierto de nuestro corazón, os proponemos hacer cada semana la Lectio Divina con el Evangelio de los domingos correspondientes.

¿QUÉ ES LA LECTIO DIVINA?

La frase latina "Lectio Divina" significa "lectura divina" y describe el modo de leer la Sagrada Escritura: alejarse gradualmente de los propios esquemas y abrirse a lo que Dios nos quiere decir. En el siglo XII, un monje cartujo, llamado Guigo, describió las etapas más importantes de la "lectura divina". La práctica individual o en grupo de la Lectio Divina puede tomar diversas formas, pero la descripción de Guigo permanece como fundamental.

Originariamente son cuatro los pasos fundamentales de este modelo de oración, pero nosotros añadimos los dos últimos porque pensamos que también puede ser fuente de riqueza espiritual.

La primera parte de esta forma de rezar es la *lectio* (lectura). Es el momento en el que leemos la Palabra de Dios lenta y atentamente, de modo que penetre dentro de nosotros. Para esta forma de oración se puede escoger cualquier breve pasaje de la Escritura. Nosotros nos vamos a servir de los textos propuestos por la liturgia para cada domingo. También utilizaremos unas pequeñas reflexiones que ayuden a situar el texto evangélico en su contexto.

La segunda parte es la *meditatio* (meditación). Durante esta parte se reflexiona y se rumia el texto bíblico a fin de que extraigamos de él lo que Dios quiere darnos.

La tercera parte es la *oratio* (oración), es el momento de dejar aparte nuestro modo de pensar y permitir a nuestro corazón hablar con Dios. Nuestra oración está inspirada por nuestra reflexión de la Palabra de Dios.

La cuarta parte es la *contemplatio* (contemplación), en la cual nos abandonamos totalmente a las palabras y pensamientos santos. Es el momento en el cual nosotros sencillamente reposamos en la Palabra de Dios y escuchamos, en lo más profundo de nuestro ser, la voz de Dios que habla dentro de nosotros. Mientras escuchamos, nos estamos transformando gradualmente por dentro.

La quinta parte es la *collactio* (compartir). Cuando esta oración la hacemos en grupo, este sería el momento de compartir aquello que el Señor nos ha suscitado y acoger lo que el Señor ha suscitado a los demás y que también puede iluminar nuestra vida.

La última parte es la *actio* (acción). Evidentemente esta transformación tendrá un efecto profundo sobre nuestro comportamiento y, nuestro modo de vivir, testimoniará la autenticidad de nuestra oración. Debemos meter en nuestra vida de cada día lo que leemos en la Palabra de Dios. Por eso invitamos, al terminar la Lectio Divina, a formular un compromiso como respuesta a la Palabra que hemos acogido y que el Señor nos haya inspirado.

Estas etapas de la Lectio Divina no son reglas fijas que hay que seguir, sino simples orientaciones sobre cómo desarrollar normalmente la oración. Se encuentra una mayor simplicidad y una disposición mayor en escuchar que no en hablar. Gradualmente las palabras de la Sagrada Escritura empiezan a librarse y la Palabra se revela delante de los ojos de nuestro corazón. El tiempo dedicado a cada etapa dependerá si la Lectio Divina se hace individualmente o en grupo. Si el método se desarrolla para la oración en grupo, es evidente que será necesaria una mínima estructura. En la oración en grupo la Lectio Divina puede permitir el diálogo sobre las implicaciones de la Palabra de Dios en la vida cotidiana, pero no se debe reducir a esto. La oración tiende más hacia el silencio. Si el grupo se siente llevado más al silencio, entonces se puede dedicar más tiempo a la contemplación.

Por muchos siglos la práctica de la Lectio Divina, como un modo de orar la Sagrada Escritura, ha sido una fuente de crecimiento en la relación con Cristo. En nuestros días son muchos los individuos y grupos que la están redescubriendo. La Palabra de Dios es viva y activa, y nos transformará a cada uno de nosotros si nos abrimos a recibir lo que Dios nos quiere dar.

Para marcar cada uno de los momentos de la Lectio, podemos utilizar un canto de Taizé u otro cualquiera, que podemos ir repitiendo en cada uno de los pasos. De igual forma, si ayuda, puede ponerse música de fondo, suave, en alguno de los momentos que creamos oportuno.

PRIMER DOMINGO - “Palabra que acompaña”

ORACIÓN INICIAL

Danos tu Espíritu, Señor,
que nos disponga a acoger tu Palabra,
serene nuestro corazón,
y abra nuestros sentidos.

Danos tu Espíritu, Señor,
que prepare nuestra inteligencia,
nos revele la verdad
y nos haga dóciles a tu enseñanza.

Danos tu Espíritu, Señor,
que abra nuestro corazón a tu misericordia,
que sane nuestras miserias,
que nos haga fuertes en tu amor. Amén

LECTURA
Mt 4,1-11

Empezamos el camino pascual con realismo: existe la tentación y existe el pecado. Empezamos con "el negativo de la Pascua", el pecado. Adán y Eva cayeron en la tentación. Israel, en su travesía por el desierto y luego en la tierra prometida, cayó en muchas tentaciones. Jesús venció las que le proponía el adversario. ¿Y nosotros? ¿a quién imitamos: al primer Adán en su pecado o al segundo Adán en su victoria?

Jesús nos invita a ir con él al desierto: a entrar dentro de nosotros mismos, a luchar contra las tentaciones y a encontrarnos con Dios. Para animarnos en este camino de desierto que a veces es nuestra vida, encontramos hoy esta página tan estimulante de las tentaciones de Jesús, que pueden reflejar bien las que encontramos nosotros en nuestro camino. Adán falló. Israel falló. Nosotros, por desgracia, también fallamos. Pero hoy se nos presenta a Jesús saliendo victorioso de la tentación.

Las tentaciones se pueden considerar, no sólo como acontecimientos puntuales, sino como el símbolo de toda la vida de Jesús dedicada a la lucha contra el mal. Este relato de Mateo, está muy elaborado literaria y teológicamente, y describe de forma anticipada, usando un lenguaje simbólico y alegórico, todas las tentaciones por las que tuvo que pasar Jesús.

Para comprender el relato:

- Las *tentaciones* están colocadas inmediatamente después del bautismo. Y aunque es puesto a prueba por el diablo, es el Espíritu de Dios quien le guía y lleva al desierto, al lugar de la prueba. Ello significa que ni su filiación, ni su mesianismo, ni el Espíritu, separa a Jesús de la historia y de la ambigüedad que ésta tiene. También hoy el Espíritu sigue situando a los cristianos y a la Iglesia dentro de la historia y de la lucha que en ella se libra.
- El *desierto* es en la Biblia lugar de prueba y de tentación, morada del mal y de los malos espíritus que atacan al hombre. Pero también es lugar de encuentro con Dios y desde donde llega la salvación. En él, el pueblo de Israel experimentó la prueba y la ayuda de Dios.
- *Cuarenta días*, es también, en la Biblia, cifra simbólica. Cuarenta días duró el diluvio universal; cuarenta días permaneció Moisés en el monte, cuarenta años fueron los que anduvo el pueblo de Israel por el desierto; cuarenta días estuvo caminando Elías por el desierto antes de llegar al monte del Señor. "Cuarenta" es un largo período en el que sucede y se vive algo fundamental. Es preparación para algo extraordinario. Es un referente a toda la vida.
- El *diablo* es el adversario por antonomasia del plan de Dios sobre la humanidad, avasalla la libertad de las personas, poseyéndolas, fanatizándolas, deshumanizándolas. A diferencia de Israel, Jesús las rechaza con la Palabra de Dios y con su actitud de Hijo obediente, que pone el plan de Dios por encima de todo.

Hay en este relato dos maneras de entender lo que significa ser Hijo de Dios y Mesías: para el tentador equivale a tener poder y gloria; para Jesús, sin embargo, ser Hijo de Dios significa hacer la voluntad del Padre. Jesús, respondiendo con la Palabra de Dios al tentador y venciendo la tentación está en situación de convocar al nuevo pueblo mesiánico con el anuncio de la Buena Noticia.

CANTO

LAS TENTACIONES DE JESÚS
https://www.youtube.com/watch?v=YUmE5T_HHcA
Música y letra: Javier Brú

Marchó al desierto Jesús movido por el Espíritu
cuarenta días y noches apartándose ayunó,
pero al final sintió hambre y el diablo entonces le dijo:
"Si eres el Hijo de Dios haz que estas piedras se hagan pan
para que con tu poder puedas el hambre al fin saciar"

Pero Jesús le dijo: "Escrito está:
el hombre no solo vive de pan, solo de pan"
porque con su Palabra Dios dará
el pan de la justicia, la hermandad y la verdad.

El diablo llevó a Jesús hasta la parte más alta
del Templo en la Ciudad Santa y de nuevo lo probó:
"Si en verdad eres su Hijo, salta pues ya ha sido escrito:
'Ángeles él ha mandado sobre ti' no hay qué temer.
'Te llevarán en sus manos sin que tropiece tu pie'

Pero Jesús le dijo: "Escrito está:
A tu Señor y Dios no probarás, no probarás".
Su reino instaurará con humildad,
se mostrará en el pobre y sufrirá como uno más.

El diablo llevó a Jesús a una montaña muy alta
donde los reinos del mundo podían verse en esplendor,
y lo tentó nuevamente cuando al mostrarle decía:
"Cuanto aquí ves puedo darte si te postras ante mí
tan solo si tú me adoras será todo para ti"

Pero Jesús le dijo: "Escrito está:
Solo al Señor tu Dios adorarás, y servirás".
Quien sirve al dios dinero o al poder
el reinado de Dios no podrá ver, ni entrar en él.
No podrá ver, ni entrar en él.

MEDITACIÓN

El diablo tienta a Jesús para que se aferre a lo material, haga a un lado su humildad y aspire a tener poder. En este sentido las tentaciones de Jesús son iguales a las nuestras. Nuestra vida se aferra a lo material, a creernos mejores que los demás y a querer tener más de lo que necesitamos sin importar los medios ni las consecuencias.

… Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo.

¿Cómo puedo hacer "desierto", en mi vida, esta Cuaresma? ¿En qué ocasiones me dejo llevar por el Espíritu y en cuáles no? ¿Por qué? ¿En qué se nota? ¿Cuál es la tentación más fuerte, actualmente, en mi vida?

Si eres Hijo de Dios di que estas piedras se conviertan en panes.

¿Qué tipo de atracción siento hacia el dinero, las posesiones y los bienes materiales? ¿Hasta qué punto el dinero es el objetivo de mi vida? ¿Me queda tiempo para la gratuidad, para el voluntariado? ¿Soy generoso en compartir el dinero que gano? Si alguien te ofreciera posesiones y dinero ilícitos, ¿qué le dirías? ¿Hay algún tipo de corrupción en mi vida?

Está escrito: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

Frente a lo material, Jesús nos ofrece su Palabra, que es verdadera comida. ¿Qué tiempo dedico cada día a la escucha meditada de la Palabra de Dios? ¿Qué tendría que hacer para escuchar más la Palabra? ¿Cómo conocer más a fondo la Palabra para vivirla con más intensidad? ¿Con qué asiduidad asisto a la celebración de la Eucaristía en la cual me alimento de la Palabra? ¿Qué tendría que hacer al respecto?

El diablo lo pone en el alero del templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras".

¿En qué ocasiones suelo ignorar a Dios y en cuáles desafiarlo? Si alguien te pidiera que tentaras a Dios y lo desafiaras ¿qué le dirías? ¿Qué tipo de peticiones son las que hago a Dios? ¿Busco el bien de todos o un simple interés egoísta? ¿Soy de los que hacen "compra-venta" con Dios: *si me concedes esto…te hago tal cosa*?

Jesús le dijo: También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios".

Frente a la soberbia, Jesús nos ofrece su ejemplo como servidor de los demás. ¿Qué pasos tendría que dar para conocer y vivir más a fondo la voluntad de Dios? ¿Hacia quién se debería orientar mi vida? ¿Quién está necesitado de mi servicio?

El diablo le mostró todos los reinos del mundo y su gloria y le dijo: Todo esto te daré, si te postras y me adoras".

¿En las cosas que hago busco el reconocimiento de los otros? ¿Soy de los que quiere tener "nombre", "fama"? ¿Qué es lo que más te atrae de la fama y el poder? ¿Qué es lo que más pesa en mi vida: mandar o servir? Si alguien te ofreciera fama y poder ¿qué le dirías?

Dijo Jesús: Vete, Satanás, porque está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo darás culto".

Frente al afán de poder, Jesús nos ofrece su salvación, la cual no tiene precio. Cuando uno no se pone de rodillas ante el Señor en actitud de adoración, reconociéndolo como el Señor de su vida y de su historia, acaba poniéndose de rodillas ante los poderes o ideologías del mundo, haciéndose esclavo de estos "falsos señores" ¿Qué tiempo dedico a la alabanza y adoración? ¿Qué pasos tendría que dar al respecto?

ORACIÓN

En este momento, tras haber escuchado la Palabra de Dios, habla tú ahora a él con confianza como un hijo o una hija con su padre y su madre. Reconoce su presencia en tu vida, dale gracias, cuéntale eso que te carga, pídele la ayuda y la luz necesaria. Pregúntale ¿Qué quieres de mí? Pídele que puedas descubrir sus caminos, los cuales no llevan al fracaso, sino al triunfo, a la realización, a la felicidad. ¡Confía en él!

(Tras un rato de oración personal para la acción de gracias, alabanza, súplica y petición, podemos hacer juntos la siguiente oración)

Hoy, Señor, una vez más, queremos darte gracias.
En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Gracias porque tú nos enseñas
cómo ha de ser nuestro camino de penitencia cuaresmal,
cómo ha de ser nuestro camino de renovación bautismal.
Tú nos fortaleces para sabernos abstener
de todo lo superfluo y poder compartir con los demás.
Tú nos enseñas a abstenernos
de todo aquello que nos impide vivir como Hijos del Padre.

Gracias, Señor,
porque al rechazar las tentaciones del enemigo
nos has enseñado a sofocar la fuerza del pecado.

Ayúdanos a celebrar con sinceridad
el misterio de esta Pascua,
viviendo cada día como discípulos tuyos,
y así podamos pasar un día
a la Pascua que no acaba. Amén.

(Cf. Prefacio - Las tentaciones del Señor)

CONTEMPLACIÓN

Contempla a Jesús, tentado, probado, débil, carente de ventajas, haciendo camino, preguntándose, pero a la vez firme y sin provocar al Padre. Siente a Jesús tan humano, tan cercano, tan como nosotros, pero a la vez ese Jesús divino que ha vencido a la muerte y nos ha salvado. ¡Admíralo! ¡Quiérelo! ¡Decídete por Él!

COMPARTIMOS LA ORACIÓN

En este momento podemos compartir con los demás nuestra oración personal en forma de comunicación de vivencias, de petición, de acción de gracias, de alabanza…

COMPROMISO

Déjate conducir por el Espíritu de Dios. Él nos quiere en el mundo, en el conflicto, allí donde se juegan los intereses de Dios, los intereses de los pobres y marginados. No podemos vivir al margen de la historia y de los conflictos si queremos anunciar el Reino de Dios. ¿Qué compromisos concretos puedo sacar de esta oración para llevarlos a la vida?

II DOMINGO - “Palabra que transfigura”

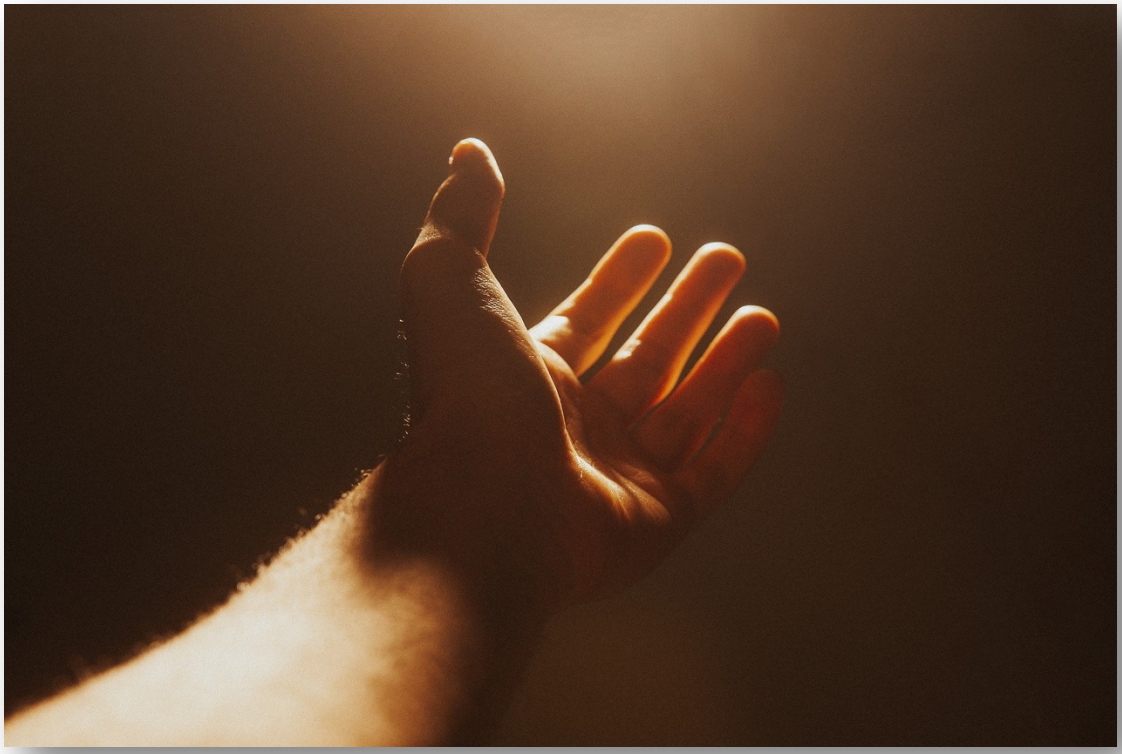
ORACIÓN INICIAL

¡Ven, Espíritu de Dios!
¡Ven, viento divino!
Irrumpe en nuestras vidas,
transforma nuestro interior
y prepáralo para acoger la Palabra.

¡Ven, fuego del cielo!,
reposa en cada uno de nosotros,
purifica nuestros oídos y nuestro corazón
para escuchar y vivir la Palabra.

¡Ven, lenguaje de Dios!
Enséñanos a hablar como tú quieras,
lo que tú quieras, cuando tú quieras.
Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Amén



LECTURA
Mt 17,1-9

Esta escena de la transfiguración, aparece como muy importante en el Evangelio: es la revelación solemne de Jesús como Hijo, como predilecto, como Maestro. Se trata de una "teofanía", es decir, de un relato cuyo centro es la manifestación de Dios.

Nada más dar inicio en la Cuaresma al camino de la cruz, hacia la pasión y muerte de Cristo, ya se nos propone el destino último de este camino: la gloria de Cristo y nuestra.

Mateo sitúa este episodio inmediatamente después del primer anuncio, por parte de Jesús, de su muerte y resurrección. Quiere animar a los suyos asegurándoles que la última palabra no será esa muerte, sino la glorificación plena. Que la cruz no es destino, sino camino para la gloria. El cambio externo que se produce en Jesús no tiene por función presentar un Mesías triunfal y glorioso ya. Su función consiste en confirmar a Jesús en su identidad y misión.

Moisés y Elías representan la Ley y los Profetas, o lo que es lo mismo, la Escritura Sagrada. Como todas las teofanías, la transfiguración tiene su punto culminante en la voz que sale de la nube, símbolo de la presencia divina. Los discípulos, al oírla, caen de bruces temblando de miedo. Pero es ahí donde son aleccionados sobre lo que se resisten a aceptar. Dios confirma a Jesús en su identidad y misión, y revela a los discípulos que ése es el Hijo, el Elegido, el Mesías, quien tiene razón y a quien hay que escuchar. Y lo pone como norma de vida y de seguimiento para todos: *"Escuchadlo"*.

La transfiguración desvela el sentido misterioso y profundo de la vida de Jesús, pero no dispensa a los discípulos de vivir la realidad en toda su dureza y ambigüedad, de cargar con su cruz.

La cruz ha sido siempre un escándalo para los hombres. También para los apóstoles de Jesús, que no entendieron cómo su Maestro les podía decir que iba a morir. Tendrán que madurar bastante hasta que entiendan y acepten los planes de salvación que Dios tiene para la humanidad.

La propuesta de Pedro de construir tres cabañas puede parecernos, a veces, un alarde de generosidad y desprendimiento. Pero hay en ella una falsa visión de lo que es seguir a Jesús. Uno no puede quedarse en el monte, en la contemplación, sino que tiene que bajar a la realidad y recorrer el camino de la historia.

La transfiguración supuso seguramente una inyección de ánimo para los tres discípulos en su seguimiento de Cristo. También a nosotros nos conviene recordar que el desierto de la Cuaresma tiene como meta la alegría de la Pascua. Que a la noche le sigue siempre la aurora. Que todo túnel tiene salida. Que no van a ser vanos nuestros esfuerzos por vivir según Cristo, en medio de este mundo contrario e indiferente.

Hoy somos invitados a refrescar nuestra condición de discípulos: tenemos que "escuchar" más a Jesús. No nos quedaremos en la montaña, fabricando tres tiendas. Bajaremos al valle, a trabajar y a anunciar el Reino. Pero la experiencia de la montaña -de cada celebración de la Eucaristía- nos da fuerzas y ánimos para ser luego consecuentes con nuestra fe en la vida.

CANTO

QUÉ BIEN SE ESTÁ AQUÍ, SEÑOR
https://www.youtube.com/watch?v=TgDLxUp0pjs

¡QUÉ BIEN SE ESTÁ AQUÍ, SEÑOR!
NO HAY OTRO LUGAR DONDE ESTAR MEJOR.
TUS MANOS NOS GUIAN,
TU AMOR NOS PROTEGE.
CONFIAMOS EN TI.

Seremos tus manos
para construir un mundo nuevo.
Seremos tu boca
para no callar la verdad.
Seremos tus ojos
para mirarnos con ternura,
y tu misericordia
para escuchar sin juzgar.

MEDITACIÓN

Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto.

¿En qué momentos me retiro con Jesús al silencio de la oración para escucharlo más profundamente? ¿Soy asiduo en buscar esos momentos?

Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol…

Traigo a la memoria esos momentos de experiencias fuertes de encuentro con el Señor. ¿En qué momentos se ha manifestado Dios en mi vida? ¿Cuáles han sido esas manifestaciones que más han dejado huella en mí?

De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

La simbólica presencia de Moisés y Elías conversando con Jesús expresa que, al fin y al cabo, padecer y morir es la suerte del Mesías según toda la Escritura.

Ver si todavía sigo sin entender su Palabra, si todavía me resisto a creerle y seguirle, si todavía quiero hacerlo a mi medida.

Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: "Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí!… haré tres tiendas.

Toda persona corre el riesgo de instalarse en la vida buscando un refugio cómodo que le permita vivir tranquila, sin sobresaltos ni preocupaciones excesivas. Es fácil dejarse atrapar por un conformismo cómodo que nos permita seguir caminando de la manera más confortable. ¿En qué momentos me puedo ver de esta manera? ¿En qué momento busco mi propio bienestar al margen de las necesidades de los demás? Es aquí cuando podemos descubrir que *la felicidad no coincide con el bienestar.*

Tenemos la tentación de "plantar tiendas" porque nos conformamos con lo que ya hacemos, eludiendo nuestra responsabilidad. Lo que nos aísla de los hermanos, nos instala cómodamente en la vida, nos tranquiliza y aleja del compromiso y del servicio a los más necesitados, no es una experiencia verdaderamente cristiana. ¿En qué ocasiones puedo vivir estas situaciones?

… "Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo".

En una sociedad como la nuestra, en la que cada vez abundan más voces de profetas que pretenden descifrar y solucionar el porvenir, donde los medios de comunicación no sólo informan, sino que orientan o desorientan, en un mundo donde los valores reinantes son el dinero, el poder, la salud, el placer... quien desee dar un sentido humano y cristiano a su vida ha de cuidar con esmero en qué fuentes alimenta su existencia. Ha de recordar la palabra evangélica: "Este es mi Hijo… Escuchadlo". ¿Qué tiempo dedico a hacer silencio para escuchar a Jesús? ¿Cómo lo hago? ¿Qué debería hacer?

Muchas personas están necesitadas de que las escuchemos, acompañemos. ¿Soy consciente de esta necesidad? ¿Qué tendría que hacer para escuchar más y mejor a los que me rodean?

Jesús… les dijo: "Levantaos, no temáis".

¿Cuáles son mis principales miedos? ¿Qué situaciones me hacen estar postrado? ¿Cómo puedo levantarme de esa postración? ¿Qué retos está poniendo el Señor ante mí y no hago realidad por el miedo a fracasar, a complicarme la vida, a salir de lo conocido…?

Cuando bajaban del monte…

El discípulo ha de estar atento a las señales de Dios. Hemos de estar atentos para discernir, aceptar, seguir y vivir esas señales. ¿Cómo se me me hace presente Dios en medio de los conflictos de la historia? ¿Vivo mi fe iluminando las realidades cotidianas o me evado de esas situaciones con falsos "pretextos cristianos"? ¿Cuáles son las situaciones que esperan de mí una respuesta evangélica: familia, trabajo, amigos, diversiones…?

ORACIÓN

En este momento, tras haber escuchado la Palabra de Dios, habla tú ahora a él con confianza como un hijo o una hija con su padre y su madre. Reconoce su presencia en tu vida, dale gracias, cuéntale eso que te carga, pídele la ayuda y la luz necesaria. Pregúntale ¿Qué quieres de mí? Pídele que puedas descubrir sus caminos, que puedas tener experiencia de Él y bajar del monte para contagiarlo. ¡Confía en él!

(Tras un rato de oración personal para la acción de gracias, alabanza, súplica y petición, podemos hacer juntos la siguiente oración)

Gracias, Señor,
porque nos has llamado contigo a la montaña,
te has fiado de nosotros
y nos sigues llamando "amigos".

Gracias, Señor,
porque después de anunciar tu muerte a los discípulos,
les has mostrado en el monte santo,
el esplendor de tu gloria,
y quieres que también nosotros
participemos de esa misma gloria.

Ayúdanos a descubrir,
de acuerdo con la Ley y los Profetas,
que la pasión es el camino de la Resurrección.

Amén.

(Cf. Prefacio - La transfiguración del Señor)

CONTEMPLACIÓN

Contempla a Jesús en la montaña. Contempla la gloria que manifiesta a sus discípulos y déjate envolver por ella. Siente y repite en tu corazón las palabras del Padre: "Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo". Y…. déjate inundar del amor de Dios.

COMPARTIMOS LA ORACIÓN

En este momento podemos compartir con los demás nuestra oración personal en forma de comunicación de vivencias, de petición, de acción de gracias, de alabanza…

COMPROMISO

Baja de la montaña al mundo, a lo cotidiano, a lo ordinario. Has escuchado la voz del Hijo, escucha ahora la voz de los que te rodean. ¿Qué compromisos concretos puedo sacar de esta oración para llevarlos a la vida?

ORACIÓN INICIAL

Ven, Espíritu Santo,
indícanos donde está la fuente de agua viva,
guía nuestros pasos
para que lleguemos al manantial.

Ven, Espíritu Santo,
aliéntanos en nuestras luchas
y no dejes que tomemos
aguas contaminadas por el orgullo,
la soberbia, el afán de tener o aparentar.
Condúcenos hacia las aguas limpias
que purifican y revitalizan nuestra existencia.

Espíritu Santo,
ayúdanos a beber de la fuente de la Palabra viva,
que encontremos en ella
el “don de Dios”
que salta hasta la vida eterna. Amén.

LECTURA

Jn 4, 5-42

Este texto de la samaritana gira en torno a la cuestión de quién es Jesús y cómo se accede a él por medio de la fe. Describe la acogida dada a Jesús y a la Buena Noticia, en Samaría. El tema clave es el de la sustitución de un culto vacío y sectario por otro con espíritu y verdad, que saciará nuestra sed y que excluye todo particularismo y discriminación.

El encuentro de Jesús y la samaritana tiene muchos elementos para evangelizarnos. El diálogo entre Jesús y la mujer de Samaría rompe dos ataduras que tenían los judíos: no dejar que los varones se relacionaran con las mujeres en público y no relacionarse con los gentiles, por miedo a contaminar su fe.

En ese marco de libertad, la sed de Jesús lo presenta como verdadero hombre y la sed de la mujer indica su búsqueda del agua viva, que es Jesús. La vida nueva que empieza la mujer, las controversias religiosas que Jesús elude por inútiles, el testimonio de ella y la conversión del pueblo entero, muestran la misericordia de Dios, ante quien se abre a dialogar con Jesús.

Este texto constituye toda una catequesis de iniciación o proceso catecumenal:

- Comienza con los datos locales y de ambiente: se señala el camino de Jesús, la hora y el lugar del encuentro.
- La llegada de una mujer samaritana y la petición de agua por parte de Jesús abren el tema del don de Dios, del agua viva que Jesús dará.
- A continuación, con la petición de Jesús de llamar a su marido, se introduce el tema de la sustitución de los cultos antiguos por el culto nuevo, terminando con la declaración mesiánica de Jesús.
- La escena siguiente narra el anuncio de la mujer a los de su pueblo y la reacción de la gente.
- Durante la ausencia de la mujer tiene lugar una conversación de Jesús con sus discípulos a propósito de la comida, que le lleva a revelar cuál es su alimento y a anunciar la abundante cosecha.
- Se explicita la realidad de la cosecha: la fe de los samaritanos que van a donde estaba Jesús. Éste permanece dos días en aquel pueblo.

Elementos interpretativos:

- La samaritana, además de su individual personalidad, es una mujer representativa. Simboliza y personifica a la región de Samaría, donde se ha dado culto a dioses de cinco pueblos, representados aquí en los cinco maridos que ella ha tenido. Y el culto que daban al Señor en la actualidad era ilegítimo por no ajustarse al principio de un único templo.
- La extrañeza de la samaritana. Tiene su origen en la actitud de Jesús que establece diálogo con ella. Aferrada a la legalidad y la costumbre, lo que hace Jesús le sorprende doblemente: porque los rabinos

consideran indecoroso hablar en público con las mujeres y porque, a causa de las antiguas rencillas, los judíos y los samaritanos no se trataban. Frente a esas dos causas de extrañeza, llama positivamente la atención la libertad de Jesús ante las normas sociales, legales y rituales de su tiempo.

- El don de Dios. Desde el primer momento Jesús se muestra independiente de la situación existente entre Samaría y Judea. Y ofrece el "don de Dios". El don de Dios es Jesús mismo, que trae la salvación para todos.
- El problema del culto. La salvación se ha hecho presente en Jesús por tanto la celebración del culto en Garizín o en Jerusalén es algo secundario.
- Adorar con espíritu y verdad. Supone la superación de templos y lugares sagrados, y de un culto y ritos vacíos. El nuevo templo es Jesús, y él vive en quien cree. Para adorar al Padre lo que importa es nuestra actitud, no los lugares. Y esta actitud es obra del Espíritu Santo. Pero adorar con espíritu y verdad no significa un culto meramente interior. El culto en espíritu y verdad es la práctica del amor fiel al "hombre". Dar culto al Padre es colaborar con su obra creadora, escuchar y servirle en la persona de su enviado, aceptarlo como camino, verdad y vida, y estar a favor de todo hombre, pues la gloria de Dios es que el hombre viva.
- Los diálogos catequéticos. En el doble diálogo que mantiene Jesús con la samaritana y con los discípulos, el evangelista describe un proceso análogo: revelación misteriosa de Jesús, incomprensión del interlocutor y revelación explícita. En ambos casos, el punto de partida es vital y sencillo: la sed y el hambre. De estas necesidades humanas, Jesús revela otros dones: el "agua viva" y el "alimento nuevo".
- La revelación de la identidad de Jesús. Frente al secreto mesiánico de los evangelios sinópticos, en el evangelio de Juan hay una revelación explícita de Jesús.

La Palabra de Dios nos alimenta y sacia la sed, pero también nos cuestiona y pide que cambiemos. Jesús te habla directamente como le habló a la samaritana. ¿Estás dispuesto a aceptar el reto y dar un cambio radical en tu vida?

CANTO

SUMÉRGEME
https://www.youtube.com/watch?v=taENjQXJbl8

Cansado del camino, sediento de ti,
un desierto he cruzado,
sin fuerzas he quedado, vengo a ti.

Luché como soldado, y a veces sufrí
y aunque la lucha he ganado,
mi armadura he desgastado, vengo a ti. (Bis)

Sumérgeme en el río de tu Espíritu,
necesito refrescar este seco corazón
sediento de ti. (Bis)

MEDITACIÓN

Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo.

¿Cuáles son, actualmente mis cansancios: el ayudar a los demás sin que nadie me lo reconozca, no encontrar trabajo, no encontrarle sentido a la vida, no sacar "punta" de hijos, padres, amigos…? ¿Dónde busco descansar: tele, internet, fiestas, evangelio…?

Jesús está en medio del camino como un caminante más. Se identifica con todos y a todos "trata". Siempre está dispuesto al diálogo, a pronunciar palabras de vida y a revelarse progresivamente. Es un hombre cargado de cercanía y amor. ¿Qué es lo que más me impresiona de sus gestos, actitudes y palabras? Él me pide… Él me ofrece… Él se me da a conocer… Él me invita a reflexionar sobre mi vida.

Llega una mujer de Samaría…. Señor, dame de esa agua.

La samaritana progresa en el conocimiento de Jesús gradualmente. Al principio, Jesús es para ella un viajero judío; a continuación, un hombre desconcertante; más tarde, un profeta; y, finalmente, el Mesías. Esta mujer tiene sed de vida y felicidad. ¿Qué es lo que más me impresiona de sus actitudes, sentimientos y palabras? ¿Me parezco en algo a ella? ¿Cuál es la "sed" que siento actualmente? ¿A qué personas pido yo de beber? ¿Qué personas esperan, como la samaritana esperó de Jesús, que yo les dé de beber?

¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (porque los judíos no se tratan con los samaritanos)

Los conflictos entre ambos pueblos alcanzaron, a veces, tintes dramáticos. La actitud de Jesús es derribar las barreras de la enemistad apelando a la fe en un mismo Padre de todos. ¿Qué muros tengo yo que derribar alrededor mío? ¿Qué barreras ideológicas o culturales me están impidiendo acercarme a otros? ¿Qué conflictos personales, familiares, laborales, están dificultando el encuentro?

Jesús le contestó: "Si conocieras el don de Dios…"

Cuanto más y mejor conocemos a alguien, más y mejor le amamos. ¡Nada hay más apasionante, en una vida orientada hacia el amor, que ese esfuerzo por conocer en su verdad a cuantos nos rodean! ¡Cuánto nos estamos perdiendo por no conocer a Dios! Jesús, al ofrecer el "don de Dios", está ofreciendo la salvación, se acentúa la dignidad de la persona. Y es que el proyecto de vida que Jesús ofrece consiste en liberar la vida de cualquier opresión. ¿De qué me tiene que liberar hoy a mí, Jesús? ¿Cuáles son esas

ataduras que no me dejan vivir con dignidad? ¿Cómo puedo experimentar en mi vida el "don de Dios"? ¿Qué tendría que hacer para conocer más a Dios?

Jesús le contestó: El que bebe de esa agua vuelve a tener sed.

Nos asomamos a la vida y vemos cómo puede ir creciendo en nosotros la sensación de desencanto, un desencanto que abarca lo personal, lo social y lo eclesial. Tal vez este tiempo de desencanto sea un momento cargado de posibilidades y de futuro, porque puede ser un punto de arranque para una búsqueda más acertada de salvación. ¿Qué cosas me producen insatisfacción? ¿En qué fuentes estoy bebiendo y están dejando mi corazón insatisfecho?

… pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed.

Muchas personas piensan que Dios no está a su alcance. Sin embargo, Dios está mucho más cerca de lo que sospechamos. Está dentro de nosotros. Si yo me abro, Él no se cierra. Si yo me dejo amar, Él me salva. ¿Me siento salvado por Dios? ¿Me siento a gusto con Él? ¿Siento que Él me quiere y me acepta como soy? ¿Tengo experiencia personal de sentirme perdonado y amado por Dios?

… los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad…

Muchas veces nuestras oraciones y celebraciones son celebraciones que no van más allá de los ritos, del cumplimiento, pueden ser celebraciones vacías de "Espíritu", rutinarias. Jesús quiere que la alabanza a Dios no esté sólo en los labios, sino en el corazón. Que los ritos externos correspondan a los sentimientos y actitudes más profundas de la persona. ¿Cómo vivo yo la oración y la celebración de la Iglesia, principalmente la Eucaristía? ¿Qué tendría que hacer para vivirla como Jesús me pide?

Él les dijo: Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis.

¿Cómo estoy yo alimentando mi fe? ¿Qué aspectos de la fe debería cuidar más y mejor? ¿He descubierto la oración, la escucha de la Palabra y la Eucaristía como alimentos fundamentales para ser discípulo de Jesús?

La mujer fue al pueblo y dijo a la gente: "venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho".

La mujer, tras el encuentro con Jesús, no puede contenerlo, no puede quedárselo para ella sola, sino que esa salvación, que ella ha empezado a experimentar, tiene que anunciarla y compartirla con los demás. ¿Cómo es mi testimonio de Jesús? ¿Lo anuncio a todos los que me rodean o lo guardo para mí? ¿A quién estoy anunciando la salvación que trae Jesús, el amor de Dios? ¿A quién y cómo debería anunciarlo? ¿Por qué no lo anuncio más y mejor? ¿Qué me impide hacerlo?

ORACIÓN

En este momento, tras haber escuchado la Palabra de Dios, habla tú ahora a él con confianza como un hijo o una hija con su padre y su madre. Reconoce su presencia en tu vida, dale gracias, cuéntale eso que te carga, pídele la ayuda y la luz necesaria. Pregúntale ¿Qué quieres de mí? Pídele que puedas descubrir sus caminos, que puedas tener experiencia de Él, puedas conocer el "don de Dios", pídele que te dé a beber el agua viva y calme tu sed. ¡Confía en él!

(Tras un rato de oración personal para la acción de gracias, alabanza, súplica y petición, podemos hacer juntos la siguiente oración)

Gracias, Señor,
porque sigues acercándote a nosotros
como lo hiciste con la mujer samaritana,
porque nos pides el agua de nuestra vida,
nos pides el agua de nuestra humanidad.

Gracias, Señor,
porque has infundido en nosotros
la gracia de la fe,
y nos sales al encuentro
ofreciéndonos el agua
que salta hasta la vida eterna.

Te pedimos, Señor,
que enciendas en nosotros
el deseo del amor divino,
que nos hagas tener sed de ti,
y tú mismo calmes esa sed.

Concédenos, Señor, la gracia
de conocer el "don de Dios",
y, así, proclamaremos tu grandeza
y anunciaremos tu salvación.

Amén.

(Cf. Prefacio - La samaritana)

CONTEMPLACIÓN

Contempla a Jesús en el pozo dialogando contigo. Contempla sus palabras, "don de Dios", resonando en tu interior. Siente y repite en tu corazón: "Señor, dame de beber". Y…. déjate inundar del amor de Dios.

COMPARTIMOS LA ORACIÓN

En este momento podemos compartir con los demás nuestra oración personal en forma de comunicación de vivencias, de petición, de acción de gracias, de alabanza…

COMPROMISO

Como la mujer samaritana, vete al pueblo a anunciarlo. Has escuchado cómo muchos creyeron en Jesús por el testimonio de ella. ¿Qué compromisos concretos puedo sacar de esta oración para llevarlos a la vida y testimoniar a Jesús?

ORACIÓN INICIAL

Ven, Espíritu Santo,
inúndanos con tu luz y tu bendición.
Danos tu luz, que ilumine nuestra vida.

Que podamos ver, Señor,
lo que tu quieres mostrarnos cada día.
Que tomemos conciencia
de que tu luz nos hace ver la luz.

Ven, Espíritu Santo,
para que podamos ver el mundo
con una mirada positiva
y recordemos siempre
que Jesús camina a nuestro lado.

Señor, que podamos ver la luz
tras las nubes que aparecen en nuestra vida,
y pronto encontremos dirección y energía.
Que tu Palabra ilumine
cada rincón de nuestro corazón.

Ven, Espíritu Santo,
que por tu acción poderosa
nuestra vida sea luminosa
y que tu claridad la vuelva radiante
como el sol del mediodía. Amén.

LECTURA
Jn 9, 1-41

Los judíos relacionaban la ceguera, las enfermedades, las discapacidades y hasta la pobreza, con el pecado. Jesús confronta esa mentalidad y resalta la bondad y capacidad de "ver" del ciego de nacimiento. Dios ve más allá de las apariencias y se fija en lo que hay en nuestro corazón.

En este relato aparecen dos clases de ciegos. Al primero le faltaba la luz física de los ojos. A los otros les faltaba la vista interior de la fe. Son ciegos morales, que no ven ni quieren ver ni toleran que otros vean. Son los que creen que ven y se encierran en su postura. Y esta clase de ceguera no hay piscina de Siloé que los cure, si no se convierten.

Este relato tiene como finalidad mostrar la veracidad de la afirmación de Jesús: "Yo soy la luz del mundo". Juan presenta a Jesús como la luz que ilumina para no tropezar en el camino o regresar al camino correcto. El ciego y los que creen en Jesús reciben su luz para conocer a Dios; los expertos de la religión están cegados, pues en su soberbia creen que pueden ser dueños de Dios.

La forma de narrar la curación evoca el rito del bautismo. En la discusión-investigación que sigue a la curación se hace ver muy claro que la visión, el "ver", es símbolo de la fe; depende de lavarse o no en la piscina de Siloé; y consiste en la aceptación o rechazo de Jesús, enviado del Padre. Él es luz para aquellos que reconocen su oscuridad y la necesidad que tiene de ser iluminados; es oscuridad para los que creen bastarse a sí mismos para aclararlo todo, incluso el misterio de su propia oscuridad.

Frente al reconocimiento ascendente que hace el ciego de la persona de Jesús ("ese hombre", "hombre de Dios", "profeta", "Señor"), surgen diferentes dudas o rechazos presentados por los otros protagonistas, a saber: vecinos, familiares, fariseos.

En el texto aparecen varias reacciones:

- Reacción de los vecinos. Conocen desde fuera, están mal informados, no se interrogan más allá. El ciego da un testimonio elemental: "Ese hombre que se llama Jesús…" No sabe nada más de Él.
- Reacción de los padres del ciego. Creen, pero no testimonian, "por miedo a los dirigentes judíos". El ciego, más allá de la propia familia, da su propio testimonio.
- Reacción de los fariseos. Se interrogan, pero no creen. Parece que aceptan el hecho de la curación, incluso indagan, pero no se adhieren, no tienen interés por la verdad. Han condenado a Jesús de antemano. Pero el ciego curado mantiene su testimonio, aunque lo echen fuera de la sinagoga.
- Reacción del mismo ciego. Da su plena adhesión a Jesús. "Es un profeta". Este testimonio, firme y personal, trae como consecuencia la expulsión de la sinagoga. El ciego representa a los que se interrogan, creen y dan testimonio. Después de esta expulsión Jesús se encuentra con él y se le revela como Hijo del hombre, como Mesías. Jesús es la luz del mundo; su obra, su trabajo, es una iluminación y en ella se manifiesta Dios: donde hay luz hay, a la vez, juicio de Dios.

Itinerario creyente:

- *El lavado*, el bautizado, el que acepta al Enviado, el creyente, comienza a ver, es iluminado. Este tránsito se hace de manera paulatina, y de una manera profundamente experimentada en el interior.
- *El iluminado*, es sometido a constantes interrogatorios. Comienza a ser una persona incómoda.
- *El ciego*, frente a sus padres y vecinos miedosos, se independiza. Se embarca en la aventura de la fe llevado de una experiencia personal. Personifica el proceso de fe de cualquier creyente. Primero se limita a contar los hechos. Después, partiendo de ellos, descubre que Jesús es profeta; que Dios le ha escuchado. Por tanto, Jesús no es pecador, como pensaban los judíos, sino piadoso y justo. Se independiza…, es expulsado. Se encuentra con Jesús, y llega a la plenitud de la fe: cree en el Hijo del hombre, confiesa que es Señor.
- No hay conversión cristiana o auténtica fe sin encuentro personal con el Hijo del hombre. Este encuentro nos lleva al discipulado lo cual significa entrar en comunión con Dios a través de la persona de Cristo y dar testimonio de las obras del Enviado a partir de una experiencia personal entroncada con la vida misma.
- Para llegar a conocer a Cristo con lucidez, se impone un itinerario que entraña dificultades a causa de diferentes confrontaciones. Es necesario hacer de la fe una opción personal y tener un nuevo aprendizaje; es necesario recorrer el proceso catecumenal para llegar a una fe adulta, para llegar a ser creyente adulto.

Jesús vino a liberarnos del pecado y sentimientos de culpa. Por eso, aunque era sábado y estaba prohibido trabajar y curar en ese día, Jesús va a quien sufre esas opresiones; le dice que su ceguera no es culpa de sus padres ni de él, y lo sana.

Solo nos curará Jesús de la ceguera si somos humildes, si no nos creemos “justos”.

CANTO

TÚ ESTÁS AQUÍ

https://www.youtube.com/watch?v=9uCkah4GXz4

Aunque mis ojos, no te puedan ver,
te puedo sentir, sé que estás aquí.
Aunque mis manos, no pueden tocar
tu rostro, Señor, sé que estás aquí.

Mi corazón puede sentir tu presencia.
Tú estas aquí, tú estás aquí.
Puedo sentir tu majestad.
Tú estás aquí, tú estás aquí.
Mi corazón puede mirar tu hermosura.
Tú estás aquí, tú estás aquí.
Puedo sentir tu gran amor.
Tú estás aquí, tú estás aquí

MEDITACIÓN

Y al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento.

Ciegos son los que juzgan y se dejan llevar por las apariencias sin pasar adentro, al corazón, donde se cuece la verdad más honda de nuestras acciones. Ciegos son los que no se fían de nada ni de nadie que no esté de acuerdo con lo que ellos habían pensado de antemano. Ciegos son los que se creen superiores y no pueden aceptar la verdad. Ciegos son los que no les interesa ver, ni en profundidad ni en extensión, porque exige un esfuerzo, porque desconcierta. Ciegos son los que ven la realidad y la deforman interesadamente. Ciegos son los que tienen actitudes inamovibles. Ciegos son los que no pueden ver porque otros se lo impiden. Ciegos son los que vuelven el rostro para no ver las situaciones de injusticia, pobreza e indefensión que viven otras personas. Ciegos son también los que creen que ven.

Todas estas cegueras nos impiden ser personas libres, personas liberadas. Intenta identificar tus cegueras. ¿Me veo reflejado en algunas de ellas? ¿Por qué? ¿Cómo salir de ellas? ¿Qué aspectos de mi vida necesitan luz?

Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos … Algunos de los fariseos comentaban: Este hombre no viene de Dios porque no guarda el sábado

Los fariseos… ya los conocemos. Los de ayer y los de hoy: enjuiciando a los demás desde su ley, sin comprometerse con las personas. Los expertos de religión, con los que Jesús se encuentra, están cegados, pues en su soberbia creen que pueden ser dueños de Dios. Ponen la ley por encima de la persona, incluso, aplastan a la persona con el peso de la ley.

En mis relaciones con los demás ¿qué prima la ley o la misericordia? Dios ve más allá de las apariencias y se fija en lo que hay en nuestro corazón. Y yo ¿me dejo llevar por las apariencias a la hora de hacer un juicio de los demás o procuro conectar con su corazón para entender sus decisiones?

Jesús vino a liberarnos del pecado y sentimientos de culpa. Por eso, aunque era sábado y estaba prohibido trabajar y curar en ese día, Jesús va a quien sufre esas opresiones… y lo sana. ¿Abro los ojos para ver las necesidades de los demás? ¿Cómo me acerco a los que necesitan de mi ayuda? ¿Cómo debería hacerlo?

Pero los judíos no se creyeron que aquel había sido ciego y que había comenzado a ver…

Muchas personas tienen experiencia de encuentro con Jesús y una profunda conversión, tras un retiro, unos ejercicios espirituales, unas charlas, una lectura…. ¿Cómo acojo yo a estas personas? ¿Me alegro de su conversión o simplemente la cuestiono porque no ha seguido mi mismo proceso?

Sus padres contestaron: Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora no lo sabemos… Preguntádselo a él que es mayor y puede explicarse.

Los padres están paralizados por el miedo: miedo al riesgo, al compromiso, al qué dirán, a la exigencia de cambiar de vida. ¿Vives tu fe de manera anónima, en la masa o de una manera comprometida? ¿Ocultas, en algunas ocasiones, tu condición de cristiano? ¿Por qué? ¿Qué deberías hacer al respecto?

Solo sé que yo era ciego y ahora veo

¿De qué cegueras me ha curado el Señor? ¿Qué pasos he dado en mi proceso de fe? Trae a tu mente y a tu corazón todo aquello que el Señor ha hecho por ti.

El ciego les contestó: ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?

Aquel ciego recorrió un largo itinerario hasta la fe en Jesús. Pero, ese caminar, da testimonio ante todos de su encuentro con Jesús, habla de Él, explica su proceso y sus dudas. Tu condición de creyente, ¿suscita inquietud por Jesús entre la gente que conoces y con la que hablas a diario? ¿A quién le hablas tú de Jesús? ¿A quién y cómo deberías hacerlo?

Jesús le dijo: ¿Crees tú en el Hijo del hombre?… Creo, Señor

La fe no solo son unas palabras que se pronuncian. La fe en Jesús supone rendirle a él mi vida, dejar que él sea el Señor de mi historia. Supone confiar a él toda nuestra existencia. ¿Cómo es mi fe? ¿Cómo debería de ser? ¿Qué tendría que hacer o cómo tendría que vivir para que mi fe fuese realmente auténtica?

Como el ciego, necesitamos ver a Jesús. Y ver como Jesús. E iluminar como Jesús.

Este Evangelio nos recuerda que cuando una persona se deja iluminar y trabajar por Cristo se le abren los ojos, comienza a verlo todo de forma diferente y no le da miedo afrontar la nueva situación, aunque ésta sea conflictiva.

No te desesperes; recuerda que la vida es un caminar hacia Dios y que, por lo tanto, es un proceso de crecimiento espiritual gradual. La fe, poco a poco, configura nuestra vida, intereses, gustos, creencias, pasiones y acciones. La clave está en dejar que todo sea iluminado por la luz de Jesús y contar con la gracia de Dios para seguir adelante.

ORACIÓN

En este momento, tras haber escuchado la Palabra de Dios, habla tú ahora a él con confianza como un hijo o una hija con su padre y su madre. Reconoce su presencia en tu vida, dale gracias, cuéntale eso que te carga, pídele la ayuda y la luz necesaria. Pídele que toque tu ceguera y te cure. Pregúntale ¿Qué quieres de mí? Pídele que puedas descubrir sus caminos, que puedas tener experiencia de Él, puedas experimentar la luz en tu vida. Agradécele todas las maravillas que hace en ti. ¡Confía en él!

(Tras un rato de oración personal para la acción de gracias, alabanza, súplica y petición, podemos hacer juntos la siguiente oración)

Gracias, Señor,
porque sigues viniendo a nosotros.
Gracias por hacerte hombre,
por hacerte uno de nosotros
y, así, conducirnos a tu reino de luz.

Gracias, Señor,
porque no dejas que nuestras tinieblas
sofoquen tu luz,
sino que nos haces experimentar
el esplendor y la claridad de la fe.

Te pedimos, Señor,
que nos liberes de la esclavitud del pecado,
a los que hemos renacido en el bautismo,
y nos hagas experimentar una vida nueva.

Ayúdanos, Señor,
a vivir como auténticos hijos de Dios,
transformados por tu amor,
conducidos de las tinieblas a la luz.

Fortalécenos, Señor,
para dar razón de nuestra fe,
para testimoniar tu amor,
para mostrar las maravillas que haces en nosotros.

Amén.

(Cf. Prefacio - El ciego)

CONTEMPLACIÓN

Contempla a Jesús tocando tus ojos, tocando tu corazón, curándote de tus cegueras, devolviéndote la vida, la ilusión, la esperanza. Déjate abrazar por él. Y…. déjate inundar del amor de Dios.

COMPARTIMOS LA ORACIÓN

En este momento podemos compartir con los demás nuestra oración personal en forma de comunicación de vivencias, de petición, de acción de gracias, de alabanza…

COMPROMISO

Como el ciego de nacimiento, confiesa tu fe en Jesús y vete a anunciarlo. Muchos no quisieron escuchar el testimonio de esta "persona ciega" convertida en "persona luz", pero no por eso dejó de anunciarlo y testimoniarlo. ¿Qué compromisos concretos puedo sacar de esta oración para llevarlos a la vida y testimoniar a Jesús?

ORACIÓN INICIAL

Espíritu de Dios, luz en la oscuridad,
prepáranos interiormente para acoger la Palabra,
vivifica cada día nuestras opciones,
guíanos para caminar en fidelidad al Maestro,
restaura nuestras fuerzas cuando estén agotadas,
sopla tu aliento sobre nosotros
y danos vigor en nuestras flaquezas.

Espíritu de Dios, luz que penetra las almas,
regálanos amarte como tú nos amas,
acompaña nuestro testimonio para que sea audaz,
fortalécenos para vivir nuestra fe hasta el extremo del amor,
enséñanos a perdonar a los que nos calumnian
y serena a los que nos persiguen por anunciar el Evangelio.

LECTURA
Jn 11, 1-45

La resurrección de Lázaro es el último signo narrado por Juan, antes de presentar la pasión de Jesús. El más importante. Es una gran catequesis sobre la vida y la fe en la resurrección. Lo primordial de este texto es que muestra el poder de Jesús para dar vida nueva a sus seguidores.

El milagro en sí ocupa pocos versículos, pero Juan lo hace preceder de un diálogo muy vivo entre Jesús y las hermanas de Lázaro.

Todo desemboca en el "yo soy" de Cristo, que se nos había presentado ya como "fuente de agua viva" y como "luz del mundo"; hoy se revela como "la resurrección y la vida".

Cada uno de los tres hermanos -Lázaro, María, Marta- son tipo de la comunidad en diversos aspectos. La enfermedad de Lázaro se debe a su condición humana, que lleva consigo la muerte física, pero está rodeada por el miedo a la muerte misma; este miedo es la máxima esclavitud del hombre. En Lázaro se manifiesta la plenitud de la obra de Jesús con la humanidad enferma, mostrando hasta qué punto es poderosa la vida que él comunica; ésta, por ser definitiva, supera la muerte física y es así, ella misma, la resurrección. Marta representa a la comunidad en trance de creer en la fe. María, a la comunidad en estado de dolor.

Nuevamente nos encontramos con la presentación de un Jesús humano y divino a la vez. Por una parte su conocimiento sobrehumano (conoce la muerte de Lázaro), su autoconciencia mesiánica (Yo soy la resurrección y la vida), su obrar milagroso. Por otra parte sus relaciones humanas, sus amistades, sus emociones profundas, su llorar, su oración.

En el proyecto creador de Dios las personas no están destinadas a la muerte, sino a la vida plena y definitiva. La comunidad cristiana que aún ve en la muerte la interrupción de la vida no ha alcanzado la plenitud de la fe, por no haber comprendido la calidad de la vida que Jesús comunica. Jesús no elimina la muerte física, pero, para el que ha recibido de él la vida, la muerte física no es más que un sueño. La muerte para un cristiano es el último *amén* de su vida y el primer *aleluya* de su vida nueva.

CANTO

RESUCÍTAME
https://www.youtube.com/watch?v=N7iyeWoajWg

Maestro necesito un milagro,
transforma hoy mi vida, mi estado,
hace tiempo que no veo la luz del día,
están tratando de enterrar mi alegría,
intentan ver mis sueños cancelados.
Lázaro escuchó tu voz,
cuando aquella piedra se movió
después de cuatro días él revivió.

Maestro no hay otro que pueda hacer
aquello que solo tu nombre tiene el poder.
Necesito tanto de un milagro

Remueve hoy mi piedra
y llama por mi nombre.
Muda mi historia,
resucita mis sueños.
Transforma hoy mi vida,
haz un milagro.
En esta misma hora
me llamas hacia afuera
¡resucítame!

Tú eres la misma vida,
la fuerza que hay en mí,
eres el Hijo de Dios.
Tú me llevas a vencer,
Señor, de todo en mí.
Escucho ya tu voz
llamándome a vivir
una historia de poder

MEDITACIÓN

Las hermanas le mandaron recado a Jesús diciendo: Señor, el que tú amas está enfermo.

¿Soy consciente de que todos somos "amigos amados por Dios"? ¿Presento yo al Señor de la vida a todos los enfermos y necesitados que hay a mi alrededor? ¿Hago mías las necesidades de la humanidad presentándolas al Padre?

Esta enfermedad . . . servirá para la gloria de Dios.

¿Cómo vivo yo mis procesos de enfermedad y el proceso de enfermedad de los que me rodean: angustia, confianza, desesperación, esperanza…?

Entonces, Jesús les replicó claramente: "Lázaro ha muerto"…

El séptimo y mayor signo de Jesús antes de su "hora" nos enfrenta con un acontecimiento seguro que preferimos evadir: nuestra propia muerte. Ante la muerte, el enigma de la condición humana alcanza su culmen. ¿Piensas alguna vez en el momento de tu muerte? ¿Miedo o confianza? ¿Vacío o esperanza?

Muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el pésame por su hermano.

¿Cómo me acerco a los demás ante sus realidades de dolor y muerte? ¿Mi "pésame" es una gesto de esperanza en la vida eterna o un lamento vacío?

Y dijo Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano.

La presencia del Señor llena de vida nuestra realidad y le da un sentido nuevo. ¿Cuántas situaciones conoces, en tu vida personal o en la de los demás, que si estuvieran llenas de la presencia del Señor serían de otra manera?

Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?

Jesús no solo manifiesta poder sobre la muerte, sino que se revela él mismo como "resurrección y vida"; estamos tan íntimamente unidos a Cristo que ni la muerte nos separará del Resucitado. Él nos resucitará en el último día, pero, como en prenda, poseemos ya el don de la vida eterna, pues hemos resucitado con Cristo. Ya todo se puede esperar, ya todo puede tener sentido. ¿Crees esto?

La fe en la resurrección es fe en la vida. No es fe en una vida indefinida sin más, sino en otra vida. Pero tampoco es sólo fe en la otra vida después de la muerte, sino que es fe también en esta vida, que es don de Dios, como lo será la vida eterna. ¿Crees esto?

Por eso ha de ser una fe viva y activa, que lucha contra todo lo que mortifica y reprime la vida, contra la pobreza, contra la violencia, contra la exclusión, contra la injusticia. ¿Crees esto?

La fe en la vida es fe henchida de esperanza, empeñada en la transformación del mundo que, frente a los que tratan de construir la cultura de la muerte, anuncia y levanta el Evangelio de la vida. ¿Crees esto?

… yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.

¿Quién es Jesús para mí? ¿Qué imagen tengo de él? ¿Qué obras hace él en mí? ¿En qué se nota que mi vida es una vida en Cristo Jesús? ¿Tengo, realmente, la experiencia de haber tenido un encuentro personal con él? ¿Cuándo fue? ¿Cómo fue?

Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María…

Cuando uno se ha encontrado con Jesús, ya no puede guardarlo para sí. Cuando uno tiene la experiencia de que el Señor le ha salvado, le ha cambiado la vida, le ha llenado la existencia, le ha sanado interiormente, solo puede anunciarlo y ofrecerlo a los demás. Como Marta, los lleva a Jesús. ¿Soy consciente del sufrimiento de las personas que me rodean? ¿A quién tengo yo que ir a buscar para llevarlo o llevarla a Jesús? ¿Cómo puedo hacerlo?

Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado…

Jesús ora ante la tumba de su amigo Lázaro. Jesús, como tantas veces presenta, lo que va a hacer, al Padre. ¿Cómo es mi oración? ¿Pongo en el Señor toda mi vida, mis planes, mis proyectos o todo lo hago mío sin dejar espacio al Espíritu en mi vida? ¿Qué tendría que hacer para que mi oración fuese más profunda y auténtica?

Dijo Jesús: Quitad la losa … Lázaro, sal afuera.

Sal fuera del sepulcro de la rutina y la tibieza, donde llevas demasiado tiempo acomodado. Sal afuera, amigo: quiero que vivas intensamente.

Sal fuera del sepulcro de tus desesperanzas y escepticismos: vives en el desencanto, no quieres ya soñar ni ilusionarte. Sal afuera, amigo: todo es posible para que el cree y ama.

Sal fuera del sepulcro de tus miedos e incapacidades: piensas que ya no puedes, que ya no sirves, que ya no vales. Sal afuera, amigo: yo soy tu fuerza y tu victoria.

Sal fuera del sepulcro de tus tristezas y aislamientos: la tristeza es como una muerte adelantada, la soledad es un tanatorio. Sal afuera, amigo: no estés de luto permanente.

Sal del sepulcro del egoísmo, de la duda, de los vicios, del consumo. Da de nuevo un sentido a tu vida: yo he venido para que vivas más, para que vivas mejor. Para que vivas en plenitud y para siempre.

ORACIÓN

En este momento, tras haber escuchado la Palabra de Dios, habla tú ahora a él con confianza como un hijo o una hija con su padre y su madre. Reconoce su presencia en tu vida, dale gracias, cuéntale eso que te carga, pídele la ayuda y la luz necesaria. Trae la vida débil y amenazada, y también, la que puja por florecer; la que se entrega generosamente y la que muere sin causa y sin sentido. Agradece la vida que tenemos y también la que nos rodea. Da gracias y pide por todos los que trabajan en pro de la vida. Da gracias por todos los brotes de vida, por quienes curan y sanan, por quienes desde su sufrimiento o dificultad testimonian pasión por la vida. Alaba al Señor por los pequeños y grandes signos de resurrección en nuestro mundo ¡Confía en él!

(Tras un rato de oración personal para la acción de gracias, alabanza, súplica y petición, podemos hacer juntos la siguiente oración)

Gracias, Señor de la historia,
por hacerte uno de nosotros,
participando de nuestros sufrimientos
y alegrías,
de nuestras tristezas y esperanzas.

Gracias, amigo de los hombres,
por mostrarnos un corazón
profundamente humano y misericordioso,
un corazón que llora la muerte del amigo,
y se alegra por el hijo que vuelve.

Gracias, Señor de la vida,
por tu corazón divino
que nos libra de la muerte
y nos levanta del sepulcro.

Ayúdanos, Señor de la misericordia,
a extender tu compasión
a todos los hombres,
y a experimentar tu salvación
que por medio de los sacramentos
nos restaura a una vida nueva.

Que seamos, Señor,
portadores de vida y de consuelo,
portadores de buena noticia,
misioneros de la misericordia
y sembradores de esperanza.

Tú vives, porque estás resucitado. Amén.

(Cf. Prefacio - Lázaro)

CONTEMPLACIÓN

Contempla a Jesús. Ten los ojos fijos en él. Déjate interpelar y sorprender. Contémplale viviendo, sintiendo, comunicándose, llorando, amando,

COMPARTIMOS LA ORACIÓN

En este momento podemos compartir con los demás nuestra oración personal en forma de comunicación de vivencias, de petición, de acción de gracias, de alabanza…

COMPROMISO

Como Marta, la hermana de María y Lázaro, confiesa tu fe en Jesús muerto y resucitado. Y como ella, vete a llamar a "María", a todos tus hermanos y hermanas necesitados de consuelo y llévalos a Jesús ¿Qué compromisos concretos puedo sacar de esta oración para llevarlos a la vida y testimoniar la fe en la resurrección?

Material para los niños
Semana a semana

PONTE A TIRO DE JESÚS

En esta cuaresma queremos dejar que Jesús nos cambie el corazón y para eso vamos a "ponernos a tiro". Para ello contaremos con la "**Diana de la Palabra**". Una diana en la que cada anillo representa una semana de cuaresma y su correspondiente Evangelio del domingo.

Así, cada semana, con la ayuda de una pequeña **reflexión**, iremos descubriendo lo que Jesús nos quiere decir a través de su Palabra y tomando compromisos que nos ayuden a dejar que Él vaya transformando nuestra vida y nuestro corazón.

Queremos que su Palabra deje huella en nosotros, por eso cada semana pondremos un "**dardo del compromiso**" en la diana.

Según van pasando las semanas, los dardos se van acercando más al blanco: nuestro corazón, que quiere vivir de verdad, en profundidad, la Pascua; llenarse de Jesús y acompañarlo en la celebración de su Pasión, Muerte y Resurrección.

Además, en este camino, iremos descubriendo también un **signo** del Evangelio, que nos ayude a entender mejor lo que Jesús quiere decirnos y cómo quiere transformarnos.

¿Cómo lo hacemos?

Vamos a construir la "DIANA DE LA PALABRA"

Cada **anillo** representa una semana de cuaresma y a su Evangelio, comenzando por los anillos exteriores. Cada anillo tendrá un color diferente y en su interior escribiremos el número de semana correspondiente y la cita del Evangelio de ese domingo. Podemos decorarlo usando nuestra imaginación.

El **blanco** de la diana, tendrá forma de corazón, porque nos representa a cada uno de nosotros y a nuestro deseo de ir cambiando para parecernos más a Jesús. En su interior representamos la **Pascua**. Es con su Pasión, Muerte y Resurrección con la que Jesús nos salva, nos da un corazón nuevo, lleno de vida y espíritu.

La diana podemos colocarla sobre un corcho, para poder clavar en ella los compromisos que nos propongamos cada semana. Estos compromisos serán los **dardos**.

Podemos hacer dardos de una forma sencilla utilizando trozos de papel de colores y alfileres o palillos para colocar en la diana. Los dardos pueden tener forma de corazón, porque los compromisos que hacemos tienen que estar hechos con mucho amor: amor a Dios y a los demás. Por un lado, tendrán el lema de la semana acorde con el Evangelio de cada domingo de Cuaresma, y por el otro lado, los chicos escribirán su compromiso.

Reflexión de cada semana

Para la reflexión de cada semana con el Evangelio del domingo, os proponemos utilizar la dinámica del VER-JUZGAR-ACTUAR, que podéis desarrollar con las fichas que os presentamos en el anexo para entregar a cada participante.

Comenzamos con unas sencillas preguntas para ayudar a los niños y niñas a que compartan experiencias que les ocurren en el día a día.

Después vamos a ver que también a Jesús le ocurrían estas cosas y lo haremos escuchando el Evangelio del domingo, que os invitamos a que se proclame desde la Biblia, animando a todos a estar atentos y abrir los oídos y el corazón a lo que Jesús quiere decirnos.

Con un breve diálogo les ayudamos a descubrir lo qué Jesús les pide en su vida y a llevarlo a cabo con un compromiso concreto, que puedan realizar durante la semana.

Jesús con su Palabra nos habla al corazón, nos ama y quiere que cambiemos nuestra vida para parecernos más a Él. Por eso, estos compromisos, que cada uno se propondrá, son una respuesta a Jesús, que cuenta con nosotros, y cómo decíamos antes, están hechos con mucho amor.

Las reflexiones están preparadas para ser un momento breve dentro de la reunión del grupo o catequesis, sin que llegue a ocupar todo el tiempo de la sesión.

Un símbolo

Cada Evangelio tiene un símbolo, que los niños y niñas pueden adivinar respondiendo a una pregunta sobre lo que han escuchado.

- Primer domingo (Las tentaciones): ¿Qué encontramos en el desierto? **Arena**
- Segundo domingo (La transfiguración): ¿Cómo era la ropa de Jesús? **Tela blanca**
- Tercer domingo (La samaritana): ¿Qué calma nuestra sed? **Agua**
- Cuarto domingo (La curación del ciego de nacimiento): ¿Qué es lo que ilumina la oscuridad? **Vela o luz**
- Quinto domingo (La resurrección de Lázaro): ¿Qué le quitan a Lázaro para que pueda andar? **Vendas**

Este símbolo puede entregarse o presentarse a los niños físicamente en la reunión o bien en la Eucaristía dominical.

Para la Eucaristía del domingo, colocaremos una ambientación en un lugar visible, con forma de camino, que termine en una cruz, donde vayamos presentando y colocando, durante la homilía, el símbolo correspondiente y explicando su significado.

Resumen de contenido

Primer domingo: Las tentaciones (Mt 4, 1-11)
SOMOS POCA COSA SIN JESÚS AL LADO
→¿Qué puedes hacer esta semana para apostar por estar al lado de Jesús? ¡APOSTAR POR JESÚS!

Segundo domingo: La transfiguración (Mt 17, 1-9)
JESÚS ES EL HIJO DE DIOS.
→ ¿Qué puedes hacer esta semana para escuchar más Jesús, tu amigo? ¡ESCUCHAR MÁS A JESÚS, MI AMIGO!

Tercer domingo: La samaritana (Jn 4, 5-42)
JESÚS ES EL AGUA.
→ ¿Qué puedes hacer esta semana para "dar de beber a otros"? ¡QUIERO DAR DE BEBER A OTROS!

Cuarto domingo: La curación del ciego de nacimiento (Jn 9,1-41)
JESUS ES LA LUZ.
→ ¿Qué puedes hacer esta semana para ayudar o acercarte a alguien que lo necesite? ¡QUIERO AYUDAR Y SER CERCANO PARA QUIEN LO NECESITE!

Quinto domingo: La resurrección de Lázaro (Jn 11, 1-45)
JESÚS ES LA VIDA.
→ ¿Qué compromiso puedo tomar en esta última semana de Cuaresma para dar gracias a Dios por darme el regalo de la vida y de la fe? ¡QUIERO DAR GRACIAS A DIOS POR DARME LA VIDA Y LA FE!

PRIMER DOMINGO

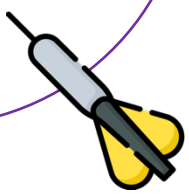
¿Sabes lo qué es "una tentación"? ¿Qué tentaciones tienes en tu vida?

Jesús también fue tentado, ¿sabes dónde?
Lo leemos en: **Mt 4,1-11**

¿Qué tentaciones tuvo Jesús? ¿Se parecen a las nuestras?
Jesús fue tentado a tener riquezas, ser poderoso y coger el camino fácil. Pero él apostó por estar al lado del Padre y no venderse.

¿Qué encontramos en el desierto?

¿Qué puedes hacer esta semana para apostar por estar al lado de Dios?



Somos poca cosa sin Jesús al lado

SEGUNDO DOMINGO

¿Quiénes son tus mejores amigos? ¿Qué cosas especiales compartes con ellos?

Jesús también quiso compartir algo especial con sus amigos. Vamos a escuchar atentos el Evangelio: **Mt 17,1-9**

¿Qué quiere mostrarles Jesús? ¿Por qué crees que se encuentran tan a gusto en el monte?
Jesús quería que sus amigos vieran que Él era el Hijo de Dios. Al lado de Jesús, escuchándolo, es donde más a gusto y más felices nos sentimos.

¿Qué puedes hacer esta semana para escuchar más a Jesús, tu amigo?

¿Cómo era la ropa de Jesús?

Jesús es el Hijo de Dios

TERCER DOMINGO

¿Con qué cosas te sueles cansar? ¿Qué necesitas en esos momentos?

Jesús también estaba cansado después de mucho andar. Escucha atento lo que necesita en el Evangelio:
Jn 4, 5-42

¿Qué necesitaba Jesús para reponerse? ¿Cómo es el agua que ofrece Jesús a la samaritana?
El agua que nos da Jesús es especial porque nos ayuda a crecer en nuestra fe. La samaritana ha encontrado esa agua viva. Ha encontrado a Jesús y corre a contárselo a todos.

¿Qué calma nuestra sed?

¿Qué compromiso puedes tomar esta semana para "dar de beber a otros"?

Jesús es el agua viva

CUARTO DOMINGO

Comparte con tu grupo alguna vez que hayas estado en un apuro y alguien te ayudara.

También Jesús ayuda a los que lo necesitan. Lo leemos atentos en el Evangelio: **Jn 9, 1-41**

¿Por qué se enfadan con Jesús los fariseos, si había hecho algo bueno? ¿Esto nos puede pasar también a nosotros a veces?

Jesús cura al ciego de nacimiento, aunque sea sábado, porque Él se fija en el sufrimiento de las personas y no mira el exterior, sino el corazón.

¿Qué es lo que ilumina la oscuridad?

¿Qué puedes hacer esta semana para ayudar o acercarte a alguien que lo necesite?

Jesús es la luz del mundo

QUINTO DOMINGO

Comparte con el grupo algún momento triste en el que necesitaras que alguien te consolara. ¿Quién lo hizo? ¿Cómo te sentiste?

Jesús también acude a dar consuelo a sus amigos. Lo escuchamos atentamente en el Evangelio: **Jn 11, 1-45**

¿Por qué espera tanto Jesús para bajar a ver a Lázaro? ¿Era peligroso?
Aunque buscaban a Jesús para matarlo, él quiso acudir a consolar a sus amigos. Y no solo eso, resucitó a Lázaro, para que todos pudieran entender que él también resucitaría después de morir en la cruz y creyeran, como lo hizo Marta.

¿Qué compromiso puedo tomar en esta última semana de cuaresma para dar gracias a Dios por darme el regalo de la vida y de la fe?

¿Qué le quitan a Lázaro para que pueda andar?

Jesús es la vida

Meditación sobre la Cuaresma y la Pascua

Desde los comienzos de la Iglesia, la Cuaresma está unida a la institución del catecumenado. Se trataba, al principio, de preparar inmediatamente a los catecúmenos que iban a recibir los Sacramentos de la Iniciación Cristiana en la próxima Pascua. Con la sabiduría de una madre, la Iglesia quiso extender a todos sus miembros los bienes del itinerario cuaresmal. De este modo, el año litúrgico nos brinda a todos los cristianos la ocasión de renovar nuestra adhesión al Señor, disponiéndonos a una provechosa renovación de nuestras promesas bautismales cada noche de Sábado Santo, en la solemne Vigilia Pascual.

1. Una cita en el desierto

La Cuaresma es un tiempo de penitencia, significado por el color morado de la liturgia. Esto queda especialmente expresado desde el inicio, con el signo de la ceniza, y permanece como una invitación en todo este período, a través de la práctica más intensa de la oración, el ayuno y la limosna. Todo ello lo motiva un intento de "resetear" nuestra vida cristiana en torno a sus ejes fundamentales: una relación más viva con Dios, un orden más humano en nuestro uso de las cosas y una apertura más generosa a los hermanos.

El *desierto* aparece como el lugar donde se expresa y se hace posible esta disposición a convertirnos a Dios y a los hermanos. La Cuaresma, en su misma propuesta penitencial de cuarenta días, recuerda el ayuno del Señor en el desierto, así como el peregrinar del pueblo de Israel, guiado por Dios hacia la tierra de la promesa. El desierto es símbolo del despojo ante el Señor y de la confianza en él. Igual que no hay lugar donde esconderse de las inclemencias del sol o del frío en el desierto, también el penitente renuncia a esconderse de la mirada compasiva del Señor. Esa mirada deja al descubierto nuestras infidelidades y faltas de compromiso, con la delicada precisión del médico que sabe cómo curar las heridas de nuestro egoísmo. Igual que la precariedad de agua y de alimento en el desierto resalta la providencia del oasis como una gracia, así la Palabra del Señor y su presencia se reciben como verdadero alimento para el camino del discípulo. En el *oasis* de la oración y de la celebración es justo detenerse un instante para agradecer y adorar. El oasis de la misericordia del Señor se hace patente, sobre todo, en el Sacramento de la Reconciliación, que en este tiempo conviene celebrar.

En esta disciplina del desierto nos precede y nos acompaña Jesús (cf. Mt 4,1-11). Sometiéndose a las tentaciones del demonio, Jesús venció por nosotros todas las *pruebas*. Escogió libremente el camino de la humildad y la obediencia al Padre, para que todos pudiéramos recorrer los mismos pasos del Hijo de Dios: la búsqueda insobornable de la voluntad de Dios, renunciando a las compensaciones; la aceptación de los modos y los tiempos de Dios, renunciando a los falsos réditos inmediatos y deslumbrantes; la inquebrantable fidelidad a Dios, frente a la ilusión de una felicidad egoísta, fundada en la falsa seguridad de los ídolos: la posesión de bienes o dinero, el prestigio, el poder, la comodidad, la satisfacción sin dilaciones de cualquier deseo...

Para seguir estos pasos, en medio de nuestras fragilidades y vacilaciones, necesitamos descubrir siempre de nuevo el rostro de Aquel que nos guía: no es un hombre cualquiera, sino el Hijo amado, el Mesías esperado (cf. Mt 17,1-9). En la cumbre del *Tabor*, a través de la oración y la celebración, cabe hoy la Iglesia entera.

¿Con qué disposición comienzo esta Cuaresma? ¿Con qué gestos concretos voy a acoger la invitación del Señor a salir con él al desierto?

2. Un encuentro que salva

Los tres últimos domingos de la Cuaresma nos ofrecen un hermoso tríptico de encuentros con Jesús, narrados en el evangelio según san Juan. En cada uno de ellos, se muestra la entraña misma del misterio de la fe, que no consiste primeramente en la aceptación de unas verdades y de unas normas, sino en la adhesión personal a Jesucristo. En la perspectiva de la renovación de las promesas del Bautismo, en estos encuentros adquieren protagonismo los símbolos del *agua*, de la *luz* y de la *vida*, metáfora de nuestra salvación ya presente por la fe.

Como con *la mujer samaritana* (cf. Jn 4,5-42), Jesús desea iniciar un diálogo con cada uno de nosotros. Él nos abre su corazón para revelar su secreto: "Dame de beber". Jesús tiene sed de encontrarse conmigo, desea que lo acepte como amigo. Y no un amigo cualquiera: Él es el Mesías, fuente de agua viva. Solo esta agua es capaz de saciar el ansia de mi corazón, ese corazón que acaso se encuentra triste, herido, cansado, lleno de rencores, apegado a tantas cosas, agresivo, resignado, desesperado, oculto tras una imagen falsa... La solución a los sinsentidos y los ídolos que reclaman toda nuestra energía está en "adorar a Dios en espíritu y verdad".

¿De qué intento llenar mi corazón? ¿Es solo el amor de Dios lo que habita en él? ¿O hay otros señores que lo dominan y no le dejan latir al ritmo alegre del Evangelio? ¿Hay sentimientos, situaciones, cosas, hábitos... que se enseñorean de mí, hasta condicionar y orientar mi vida lejos de Dios?

Como *el ciego de nacimiento* (cf. Jn 9,1-41), también yo puedo sentir la fuerza arrebatadora de la luz nueva de Cristo. Él me abre el horizonte de lo verdadera y plenamente humano: la verdad sobre el mundo, sobre mi vida, mi destino, el sentido de todos mis esfuerzos y todas mis penas... Con su luz, puedo aventurarme a caminar, guiado por su amor, invitado a compartir su proyecto. Sin la ceguera del egoísmo, de los prejuicios, de la comodidad, de los intereses particulares, de una falsa felicidad solitaria, la fiebre consumista, el éxito profesional o social..., todo se puede ver más claro: Dios en el centro y, con Él, los hermanos.

¿Es la fe la verdadera luz que ilumina mis pasos, cada una de mis ocupaciones y decisiones? ¿Me preocupo por profundizar la fe y hacerla crecer? ¿La alimento en la oración cada día y en la Eucaristía cada domingo? ¿Me lleva la fe a una actitud continua de humildad y servicio?

Como *Lázaro, el amigo de Jesús* (cf. Jn 11,1-45), también yo soy objeto de la predilección del Señor, de su profunda compasión que le hace incluso llorar a veces. Él pide ayuda, a través de la Iglesia, para quitar la losa que impide que mi vida resplandezca con la belleza y la alegría del Evangelio. ¿Qué losa es la que me mantiene en un modo de vida aburrido, mediocre, sin gusto...? Jesús, como a Lázaro, me llama por mi nombre y, comunicándome la fuerza de su Espíritu, me dice: "¡Sal afuera!"

¿Hay alguna situación en mi vida que considero irremediable y sin esperanza? ¿Creo de veras en la fuerza de la resurrección que Jesús ha venido a instaurar en el mundo y en mi vida? ¿Desespero de mí mismo, o de otras personas, de la sociedad; o de mi comunidad, de la Iglesia...? ¿En qué dirección me está invitando el Señor a "salir afuera": de dónde he de salir y hacia dónde?

3. Ha estallado la vida

En la Pascua, la Iglesia celebra el Domingo que da nombre a todos los domingos: el día del Señor por antonomasia, a la espera del último y definitivo. Día del Señor del universo: primer día de una creación transfigurada, que se encamina inexorable a su dichosa consumación. Día del Señor de la vida: primer día de una humanidad glorificada, que puede ya avanzar hacia la alegría inmensa del amor recibido y compartido sin medida.

"¡Ha resucitado!" Esta exclamación no deja de resonar desde aquella feliz mañana. No hay otras palabras que puedan encerrar tanto gozo y tanta esperanza. La piedra desechada por los sabios y poderosos de este mundo ha sido reclamada por Dios como clave de bóveda de todo su proyecto: en Jesús el amor, en Él la verdad, en Él la fortaleza. Pequeños, sufrientes, pobres, pecadores, las víctimas de todas las injusticias, reciben en Cristo la noticia que ansían, que es también llamada imperiosa a la libertad y a la felicidad verdaderas, hoy puestas a su alcance.

Lo que este día significa es imposible acogerlo todo entero en una sola celebración, en una sola canción. Imposible hacerle justicia a tanto bien en una sola existencia. Jesús ha resucitado y de este modo ha estallado la vida, que se difunde a todos y se manifiesta, en quien la reciba por la fe, como motivación, fuerza y luz en medio de contradicciones, límites y debilidades.

Cristo ha resucitado y nosotros vivimos, gracias a Él y con Él, una vida nueva donde se hace posible acoger, perdonar, padecer, servir, compartir, ser hermanos... La Iglesia, cada creyente y cada comunidad, sirve a este dinamismo de bien, belleza y verdad que triunfó para siempre aquel primer domingo.

La resurrección de Jesús es el seguro de garantía de nuestra fe. De otro modo, el Evangelio sería una palabrería hueca. Como dijo San Pablo: "si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana

también vuestra fe" (1Co 15,14). El Evangelio, en cambio, anuncia realidades, más aún, la realidad definitiva del mundo, de la historia, de nuestras propias vidas.

A la verdad plena y última de nuestro ser la tradición cristiana la llama "resurrección", con esa bendita manía, aprendida de Dios, de tomarse en serio la concreta realidad de nuestra carne. El amor compartido, el socorro oportuno al que sufre, la risa limpia, la mano tendida, el cansancio por el trabajo bien hecho, la belleza extraña de tantos rostros únicos, la fiesta, la libertad de entregarse... En todo esto reconocemos una prenda de eternidad, gracias a la resurrección de Jesucristo.

Celebrar la Pascua despierta la esperanza de nuestra propia resurrección: gracias a Cristo, con él, como él, junto a todos los que con Cristo apostaron por el amor. Las llagas de Cristo siguen abiertas hoy en la carne de los pobres y los sufrientes, en las situaciones humanamente irremediables. Pero es plausible apostar por la generosidad, el servicio gratuito, el sacrificio por otros, la paciencia, el perdón... gracias a las llagas del Resucitado.

¿Es mi vida reflejo alegre de la fuerza de la resurrección? ¿Cómo comunico a otros la vida que de Jesús he recibido? ¿En qué se concreta mi lucha contra los signos de muerte que hay en mi entorno o en el conjunto de la sociedad?

Contigo, Señor, estar.
Contigo, Señor, vivir.
Contigo, Señor, andar.
Contigo, Señor, reír.
Contigo...

Contigo, Señor, amar.
Contigo, Señor, servir.
Contigo, Señor, sembrar.
Contigo, Señor, sufrir.
Contigo...

Contigo, Señor, perder.
Contigo, Señor, morir.
Contigo, Señor, vencer
y resucitar al fin.
Contigo...

Reflexiones para cada domingo en relación a la Carta del Papa Francisco "Aperuit Illis" sobre la fiesta de la Palabra de Dios

Por José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura

PRIMER DOMINGO – La sobreabundancia de la gracia de Cristo

Por poco que reflexionemos sobre nuestra vida caeremos en la cuenta de que los seres humanos hacemos daño, voluntaria o involuntariamente, a los otros y a veces a nosotros mismos. Cuando el mal es provocado por nosotros y lo vivimos conscientemente desde la fe en Dios, percibimos que el pecado es una realidad dañina que anida en el corazón humano y así lo percibe y lo narra en forma de relato el autor de Gn 2,7-9;3,1-7. Ante el drama humano del pecado, Pablo, en **Rom 5,12-21,** presenta la **universalidad de la redención** de Cristo, contraponiéndola a la universalidad del pecado desde Adán. Pablo quiere mostrar la fuerza liberadora de Cristo transmitida a cada hombre gracias a una relación de solidaridad de Cristo con el ser humano que se contrapone a la de Adán. El punto central de Pablo es el siguiente: Sólo en Cristo encuentra la humanidad el camino para salir de la esclavitud de la muerte.

El contraste Adán-Cristo, en la perspectiva paulina, tiene el único objetivo de exaltar el papel salvífico de Cristo. El pecado es la fuerza hostil a Dios, que, introducida en el mundo da al hombre la muerte, pero la muerte no es sólo la muerte física sino la privación de salvación, la muerte espiritual y la separación de Dios. Adán es figura del que había de venir, figura suscitada por Dios, pero imperfecta, para presentar las realidades espirituales antes del Mesías. Lo que Pablo nos muestra no es una correspondencia exacta entre **Adán y Cristo**. Se trata de una **comparación desproporcionada**, pues la situación positiva es mucho más rica que la negativa. "Cuanto más" – dice la carta-. No se puede comparar el delito de un hombre al don gratuito de Dios en Cristo. La eficacia de la gracia es muy superior a la del pecado.

Pablo pone en ello todo el énfasis al subrayar la incomparabilidad de lo comparado, pues **"donde proliferó el pecado, sobreabundó la gracia"** de la vida en Cristo, que los cristianos nos disponemos a renovar en el camino cuaresmal. Por ello en la noche de Pascua oiremos: ¡Oh Feliz culpa que mereció tal Redentor! Con este texto, densísimo en

su contenido teológico, el apóstol nos introduce en la perspectiva pascual de todo este tiempo de conversión al evangelio.

No nos cansemos de testimoniar la **perspectiva positiva de la humanidad redimida y transformada por el Espíritu de Dios,** la orientación positiva hacia Dios, que formulara en su día K. Rahner, porque si bien es verdad que todos pecaron, **es mucha más verdad que todos hemos sido tocados por la gracia de Dios** en Cristo y hemos encontrado el camino de la salvación.

La cuaresma es el **camino hacia la Pascua**, hacia la renovación de la fe cristiana en la confesión de que Jesús, el crucificado resucitado es el Señor. El Señor que liberó a su pueblo de la opresión es quien nos libera del dominio del diablo, del pecado y de la muerte. **Empezar la cuaresma es acoger la llamada a la conversión que Jesús nos hace, escuchar el mensaje del Evangelio y la propuesta de incorporarnos plenamente en la dinámica del Reino de Dios,** revisando nuestras actitudes, nuestras conductas y nuestro estilo de vida, asumiendo con Jesús y como Jesús el camino hacia la pascua.

El primer domingo de cuaresma presenta a Jesús en su **confrontación directa con el mal** de este mundo, cuya representación personificada es el **diablo**. Los evangelios constatan las **tentaciones.** Las más conocidas son las desarrolladas en los evangelios de **Mateo y Lucas**, la pretendida transformación de las piedras en pan, la espectacularidad de lo religioso al saltar desde el alero del templo y la obtención del poder y la gloria a cualquier precio (Mt 4,1-11). Todas ellas fueron rechazadas por Jesús.

Cuando los evangelistas hablan del diablo como protagonista de estas tentaciones, están utilizando **un lenguaje simbólico y sencillo para expresar realidades muy profundas de la vida humana.** Más allá de cualquier interpretación literal del texto bíblico, la escena de la prueba a la que es sometido Jesús manifiesta las tentaciones reales de la vida de una persona extraordinaria. El diablo es la imagen del adversario por antonomasia del plan de Dios sobre la humanidad. Lo que está en juego en la confrontación de Jesús con el diablo es la concepción de Dios, de la misión que Jesús asume como Mesías y, en definitiva, la comprensión de la religión.

Las tentaciones en Mateo se presentan como una auténtica provocación tocando el punto más importante de la identidad de Jesús: **"Si eres Hijo de Dios"** (Mt 4,3.6). Es la misma provocación de los sumos sacerdotes al pie de la cruz: "Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz" (Mt 27,40). **Lo que se pone a prueba es el mesianismo de Jesús**, es decir, su modo de entender y vivir su relación con Dios Padre. Los cuarenta días de ayuno evocan los de Moisés (Éx 34,28) y Elías (1 Re 19,8) y los cuarenta años de Israel por el desierto. El Mesías que se esperaba en Israel era un Mesías profético, sacerdotal y real, pero las tentaciones reflejan algunas corrupciones de las expectativas mesiánicas de aquel tiempo y del nuestro: un mesías prodigioso, un mesías meramente político o un mesías que salve de la situación económica.

La primera tentación mesiánica es la **seguridad del pan,** la de los bienes, la de la abundancia, (cfr. Jn 6,15). Jesús responde con la Escritura poniendo **todo el énfasis en la palabra de Dios (Dt 8,3**): "No de sólo pan vivirá el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Es la tentación de la seguridad en medio de la dificultad. Uno se agarra a lo que puede en la vida ordinaria. Pero la dignidad humana, la libertad, la condición de hijos no se venden por un pedazo de pan. Hay algo más importante que la supervivencia, y es vivir como Hijos de Dios. Buscar sobre todo la seguridad no es lo que más humaniza a las personas. La Iglesia ha recordado en el Concilio Vaticano II el énfasis en la Palabra de Dios como verdadero Pan de Vida al igual que el Cuerpo del Señor (Dei Verbum 21).

La trascendencia de la Palabra de Dios en la vida cristiana ha tenido una manifestación extraordinaria recientemente pues en septiembre del 2019 el Papa Francisco hizo pública la Carta Apostólica en forma de Motu Proprio, **"Aperuit Illis"** (AI), mediante la cual instituyó una fiesta nueva en la Iglesia, el Domingo de la Palabra de Dios. El título de la carta recoge las dos primeras palabras en latín del evangelio de Lucas: "Les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras" (Lc 24,45). Para ello **les abrió las Escrituras de la Biblia y el corazón (Lc 24,31.32).** Del evangelio de las tentaciones destacamos la importancia de **la Palabra para vencer todo mal.**

El riesgo fundado en la esperanza y en la confianza en Dios permite enfrentarnos a toda tentación desde la experiencia compartida del pueblo de Dios y plasmada en la Escritura: Con Jesús y desde el pueblo liberado por Dios sabemos que **el hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios** y esa palabra llama a la solidaridad en el compartir gratuitamente ejerciendo la **misericordia de la limosna**, que consiste en dar de lo que tenemos por el bien de los otros y en cumplir la justicia de Dios. Jesús no sólo no cayó en esta tentación de hacer el milagro del pan a instancias del diablo, sino que al final él realizó la gran obra salvífica de la Eucaristía al **convertirse él mismo en el Pan partido** para la vida del mundo. **Y ésta sí que es otra gracia sobreabundante.**

En la segunda tentación el escenario es el **templo**, el símbolo central de la religión judía. La provocación del tentador utiliza todos los elementos posibles: Pretende manipular a Dios en su propia casa y con su propia palabra, la del Sal 91, 11-12: "los ángeles te llevarán en sus manos para que tu pie no tropiece con las piedras". Se trata de instrumentalizar a Dios para conseguir algo espectacular, en la línea del mesianismo sacerdotal. Además, se manipula la palabra de Dios para legitimar algo prodigioso. El diablo utiliza la promesa de Dios de atender al que se encuentra en peligro para provocar un signo caprichoso, una demostración (como en Mt 16,1).

Una de las grandes tentaciones en la relación con Dios es la **instrumentalización** de su Palabra como hace el diablo en esta tentación. Por eso el Papa Francisco explica que la Biblia hay que leerla con el mismo Espíritu con el que fue escrita: "La Sagrada Escritura bajo la acción del Espíritu Santo transforma en Palabra de Dios la palabra de los hombres escrita de manera humana (cf. Const. dogm. Dei Verbum, 12). **El papel del Espíritu Santo en la Sagrada Escritura es fundamental**. Sin su acción, el riesgo de permanecer encerrados en el mero texto escrito estaría siempre presente, facilitando una interpretación fundamentalista, de la que es necesario alejarse para no traicionar el carácter inspirado, dinámico y espiritual que el texto sagrado posee. Como recuerda el Apóstol: «La letra mata, mientras que el Espíritu da vida» (2 Co 3,6). **El Espíritu Santo, por tanto, transforma la Sagrada Escritura en Palabra viva de Dios**, vivida y transmitida en la fe de su pueblo santo" (AI 9).

Lo que se pretende es **sustituir la voluntad de Dios por un Dios que se pliegue y se someta a los deseos y caprichos de los humanos o del tentador**, incluso en el ámbito religioso cayendo en la religiosidad más aparatosa y espectacular. La llamada de Jesús es a vivir la oración, adorando sólo a Dios, y el Padre, que ve en lo secreto de cada persona la sinceridad y la autenticidad de la conciencia humana, será la única recompensa.

La tercera tentación es la del poder. En un monte muy alto el tentador promete un poder político sobre los reinos de la tierra. Es la tentación de un **mesianismo ejercido desde el poder y la gloria de este mundo**. La respuesta de Jesús no deja lugar a dudas. La misión que él tiene que consumar para cumplir la justicia de Dios no es un mesianismo de tipo político, ni se ejerce desde la violencia, ni desde la imposición de normas, ni desde

la conquista avasalladora de nada ni de nadie, sino de desde la fidelidad a la Palabra de Dios y al plan de Dios contenido en ella: **Un plan de salvación del hombre que pasa por la Pasión y la Muerte como único camino de salvación** para el género humano. Jesús sabe prescindir de todo lo que es secundario y relativo en la vida humana, él sabe ayunar y abstenerse del ejercicio del poder para concentrarse sólo en Dios y desde ahí nos da ejemplo de **libertad interior** y de **servicio a los demás** hasta la **entrega de la vida**. Y ésa es la gracia sobreabundante de la Pasión del Señor.

En realidad, la gran tentación es **dar la espalda a Dios, buscando la satisfacción de los propios deseos, buscando el poder y la gloria, y sucumbiendo al éxito fácil y al aplauso de la gente, todo a cualquier precio y a costa incluso del mismo Dios.** Puede ser ésta también la gran tentación de la Iglesia y de todo cristiano. Las tentaciones se pueden presentar como **objetivos**, el poseer bienes, gloria, y poder, o como **medios** para conseguir algo, la inmediatez, la eficacia y la espectacularidad, pero en todo caso la gran tentación es vivir sin Dios, lo cual se puede manifestar de diversos modos: dando la espalda a Dios, sirviéndose de Dios o queriendo ser como Dios.

Sin embargo, si bien es verdad que el pecado entró en el mundo y que todos pecaron… y pecamos, es mucha más verdad que **por Jesucristo muerto y resucitado ha venido la gracia de una vida nueva** que permite vivir en el amor de la entrega continua de la vida. De ello son signos cuaresmales la verdadera limosna, la oración sincera y el auténtico ayuno. Si, como María, abrimos nuestro corazón permanentemente a la Palabra de Dios, encontraremos la dicha que ella experimentó (Lc 1,45), no sólo que en ella la Palabra se hizo carne, sino que ella la custodió. Custodiemos, pues, en nuestra vida la Palabra de Dios y entonces seremos dichosos como ella, viviendo la plenitud de la gracia de Cristo en nosotros.

Feliz Cuaresma.

SEGUNDO DOMINGO – La transfiguración por la Palabra

La llamada de Dios a Abrahán es un modelo ejemplar de lo que es toda vida religiosamente vivida: **una continua salida hacia Dios,** hacia el otro y hacia las promesas de Dios, guiados siempre por su palabra. Ésa es la llamada del segundo domingo de cuaresma. La vida como salida hacia una nueva tierra, hacia una nueva familia universal, hacia la transfiguración del ser humano y hacia la resurrección.

Al principio de la cuaresma se indica ya el final, pero hay que salir de uno mismo y ponerse en camino. **Hay que recorrer** el **camino hasta la Pascua, a través de la Pasión** como Jesús y con Jesús. Ésta es la función que cumple a la mitad de los evangelios sinópticos la escena de la **transfiguración.** Es el anuncio anticipado de la gloria real de Jesús en su resurrección. Una constante recorre las lecturas de este domingo de cuaresma: **La llamada de Dios** a salir de uno mismo y recorrer el camino a veces tortuoso de la fe guiados por su promesa: Abrahán ha de salir de su tierra y de su casa familiar, y la fe le irá planteando pruebas sucesivas hasta el sacrificio del propio hijo (Gn 12,1-4). Pablo clarifica a Timoteo que el sufrimiento forma parte de la llamada de Dios a la vida desde el Evangelio (2 Tim 1, 8b-10) y la transfiguración de Jesús revela que el único camino hacia la gloria del Hijo del Hombre es el del sufrimiento y del rechazo (Mt 17,1-9). La vocación lleva consigo la transfiguración total de la vida, como le pasó a Abrahán, a Pablo, a Timoteo, a los discípulos todos. Es preciso salir de nosotros mismos para transfigurar nuestra vida con la de Cristo.

La vocación de Abrahán fue también una transfiguración de su vida (Gen 12,1-4a). Él fue llamado por Dios a transformar su vida, abandonando lo más personal de la vida, la tierra y la casa paterna. Guiado por la fe se aventuró a orientar su vida por la palabra de Dios con la promesa de obtener las bendiciones de Dios: la tierra y la descendencia. Como el gran patriarca de la fe sepamos que Dios siempre cumple sus promesas, pero el modo en que éstas se realizan puede ser tan sorprendente como la cruz.

La transfiguración de Cristo y su significado para los discípulos ocupa el centro de atención de la Iglesia en este domingo. El relato de la transfiguración nos cuenta un momento crucial de encuentro revelador de Jesús con Pedro, Santiago y Juan. Es otro encuentro en un monte alto, como lugar de una revelación especial de Dios (Mt 4,8; 5,1; 28,16). Ellos sintieron muy cerca la gloria de Jesús. **Jesús se transfiguró delante de ellos (Mt 17,2) pues su rostro brilló como el sol.** Nuestro refrán dice que la cara es el espejo del alma. Lo que ese rostro revela está en relación con la identidad mesiánica de Jesús, expresada por Pedro anteriormente (Mt 16,16) al decir "tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente" y está en relación también con la predicción de su destino recogida en los dos anuncios de su pasión (Mt 16,21; 17,22-23) que enmarcan la transfiguración. El blanco brillante de la luz pertenece al lenguaje apocalíptico y significa la pertenencia al mundo divino (Dn 7,9; Ap 1,14; 2,17). El diálogo de Jesús con Moisés y Elías resalta la importancia de Jesús. Moisés era el guía liberador del pueblo de la esclavitud de Egipto y mediador de la ley de Dios. Elías era el profeta que ha reconducido al pueblo desde el culto idolátrico a Baal al culto del Dios verdadero. Uno y otro han sufrido el rechazo y la persecución, lo mismo que Jesús. Según la tradición judía, ambos personajes fueron arrebatados al cielo. Al estar hablando con ellos Jesús, se expresa que éste está al nivel de la gloria celestial. Jesús es la plenitud de la ley y los profetas.

El **Papa Francisco** se refiere también a este episodio tan significativo de la Transfiguración de Jesús en la carta que empezábamos a presentar el domingo anterior (AI): "Los evangelistas recuerdan que, mientras el rostro y la ropa de Jesús resplandecían, dos hombres conversaban con Él: Moisés y Elías, que encarnan la Ley y los Profetas, es decir, la Sagrada Escritura. La reacción de Pedro ante esa visión está llena de un asombro gozoso: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías» (Lc 9,33). En aquel momento una nube los cubrió con su sombra y los discípulos se llenaron de temor. La Transfiguración hace referencia a la fiesta de las Tiendas, cuando Esdras y Nehemías leían el texto sagrado al pueblo, después de su regreso del exilio. Al mismo tiempo, anticipa la gloria de Jesús en preparación para el escándalo de la pasión, gloria divina que es aludida por la nube que envuelve a los discípulos, símbolo de la presencia del Señor. **Esta Transfiguración es similar a la de la Sagrada Escritura,** que se trasciende a sí misma cuando alimenta la vida de los creyentes". (AI 14).

En la conversación entra también Pedro. En realidad, **estar con Jesús es estar en la gloria**. La aspiración lógica de Pedro es quedarse, porque se está bien. Y es muy legítima. **Es sentir la alegría del encuentro personal y profundo con Jesús.** Es percibir la grandeza divina y estremecedora del Señor. No estaría mal revisar nuestros momentos posibles de encuentro con Jesús semejantes al de la transfiguración, especialmente en la Eucaristía. Sin embargo, en el seguimiento de Jesús no bastan los buenos sentimientos, propios del Tabor.

La religión cristiana no es sólo ni principalmente para sentirse bien construyendo tiendas de felicidad, sino para emprender el camino aventurado de la fe en Dios, como Abrahán, el camino de las tribulaciones de Pablo y de Timoteo por causa del Evangelio, y el camino del sacrificio por amor de Jesús a favor de los sufrientes y desfigurados de esta tierra. Hay reducciones religiosas de la vida cristiana que tienden a hacer de la experiencia comunitaria sólo un refugio de felicidad para decir **¡Qué bien se está aquí!** Creo que quien se quede sólo en las expresiones de la fe que aportan mera satisfacción, que dan sosiego y garantizan una cierta vivencia religiosa en la vida, pero exenta de compromiso y del riesgo de vivir a la intemperie asumiendo los compromisos del Evangelio, puede estar en las nubes del Tabor, pero no en el proceso de la verdadera transfiguración.

A los discípulos que hablan con Jesús (v. 5) la nube también luminosa los cubrió (Éx 24,16). Ellos están envueltos en la teofanía que revela que Jesús es el Hijo amado de Dios. En la transfiguración tiene lugar la misma revelación que se dio en el bautismo al principio del Evangelio. Ahora la misma voz celeste revela al inicio de la segunda parte del Evangelio el modo en que Jesús realizará su misión: desde el **misterio de su pasión, muerte y resurrección.**

Recurriendo al Dt 18,15 se subraya la necesidad de **escuchar a Jesús.** El miedo provocado en los discípulos es la reacción normal de las escenas de revelación en el AT. Esto lo subraya S. Mateo caracterizando la escena como una escena teofánica. Pero las palabras de Jesús a sus discípulos son propias de un oráculo de salvación: "No temáis" (cf. Mt 28,5.10). En Mt 28,5.10, el ángel y Jesús anuncian respectivamente el mensaje pascual. En el Tabor es Jesús mismo quien alienta a la comunidad cristiana, pues un poco antes había dicho a los discípulos que tenían que cargar con su cruz (Mt 16,24-27). El evangelio se concentra en la persona de Jesús. A quien han visto transfigurado es sólo a Jesús (17,8). Vuelve el matiz apocalíptico en la orden de no contar la visión (Dn 12,4.9) y Jesús la vincula a su muerte y resurrección.

Para escuchar a Jesús es preciso concentrar la espiritualidad en la escucha de la Palabra bíblica, pues, como reitera el Papa Francisco, "La Biblia, por tanto, en cuanto Sagrada Escritura, habla de Cristo y lo anuncia como el que debe soportar los sufrimientos para entrar en la gloria (cf. v. 26). No sólo una parte, sino toda la Escritura habla de Él. Su muerte y resurrección son indescifrables sin ella [...] Puesto que las Escrituras hablan de Cristo, nos ayudan a creer que su muerte y resurrección no pertenecen a la mitología, sino a la historia y se encuentran en el centro de la fe de sus discípulos. Es profundo el vínculo entre la Sagrada Escritura y la fe de los creyentes. Porque la fe proviene de la escucha y la escucha está centrada en la palabra de Cristo (cf. Rm 10,17), la invitación que surge es la urgencia y la importancia que los creyentes tienen que dar a la escucha de la Palabra del Señor tanto en la acción litúrgica como en la oración y la reflexión personal" (Al 7).

El "secreto mesiánico" es la advertencia de Jesús a sus discípulos de que silencien lo que han visto hasta que suceda todo lo que tiene que suceder para revelar su auténtico mesianismo a través de su muerte y pasión. El mensaje que hay que escuchar es que **el Hijo del Hombre va a sufrir y va a recorrer un camino paradójico hacia la gloria pasando por la cruz. No hay transfiguración verdadera sin cruz.** No hay transfiguración profunda sin configurar la vida con Cristo mediante el amor comprometido con los rostros desfigurados de la tierra y con los crucificados del mundo. Jesús, como Moisés y Elías, será rechazado por su pueblo, pero Dios lo constituirá Señor glorioso. Inmediatamente después Jesús vuelve a repetir el mensaje de la Pasión: el Hijo del Hombre tiene que sufrir mucho...

Por su parte, san Pablo desde la cárcel exhorta a Timoteo: "sufre conmigo por el Evangelio, con la fuerza de Dios. El nos salvó y nos llamó a una vocación consagrada [...] Jesús ha aniquilado la muerte e iluminado la vida inmortal por medio del Evangelio (2Tim 1, 8b-10). **El Evangelio es el instrumento de transfiguración de la vida del apóstol y el sufrimiento por el Evangelio una seña de identidad del discípulo.** Lo que realmente transfigura

al hombre revistiéndolo de gloria es escuchar la palabra de Dios, es concentrar nuestra atención sólo en Jesús, es contactar con Jesús que nos resucita en medio de los temores de la vida y es comprender el destino del Hijo del Hombre en la Pasión.

Podría parecer que la transfiguración es un acontecimiento exclusivo de Jesús, y como mucho, sólo al alcance de los discípulos allí presentes: Pedro, Santiago y Juan. Pero no es así, pues lo que en Jesús es una realidad que revela su identidad divina y su destino mesiánico de gloria que pasa por la Pasión hasta la cruz, **en los creyentes es una realidad dinámica de transformación continua del ser para vivir como hijos de Dios.** Pablo exhorta a los cristianos a no amoldarse a los criterios de este mundo sino a transformar la vida con la renovación de nuestra mente, por la entrega de la vida, como único sacrificio agradable a Dios (Rm 12,2). Los creyentes nos vamos transfigurando en imagen de Dios por obra del Espíritu (2 Cor 3,18) Siempre es el mismo verbo: **"Transfigurar".** Con términos semejantes se expresa en Flp 3,21 afirmando la transformación de nuestra condición humilde en condición gloriosa con su misma energía.

En el contacto permanente **con Jesús en la oración y mediante la escucha de su Palabra también en nosotros se puede transformar el rostro asemejándose al suyo.** Parece un hecho comúnmente comprobable que los rostros de un hombre y una mujer que han vivido juntos en matrimonio durante mucho tiempo, en la madurez se acaban pareciendo también físicamente. Y es que han compartido la vida, las alegrías y las penas, la risa y el llanto, el dolor y la esperanza. Y sus rostros se han transformado en el de la persona amada. Algo así puede sucedernos a nosotros en relación con Cristo, que nuestros rostros se transfiguren con el de Jesús, al compartir con él la entrega generosa de cada día. Cuando en esta cuaresma oramos con el salmo 50, el salmo penitencial por excelencia, invocamos al Espíritu diciendo "renuévame por dentro con Espíritu firme", "no me quites tu santo espíritu", "afiánzame con espíritu generoso", para que en nosotros se realice la **transfiguración de nuestra mente y de nuestro espíritu, quebrantado y humillado, mediante la configuración de la nueva personalidad con Cristo, especialmente a través del amor a los rostros más desfigurados del mundo.**

Dejemos que nuestra cara sea también el espejo de un alma transfigurada y trastocada por la gloria de Jesús en su pasión. Los sacramentos de la Iglesia con la escucha de la palabra de Dios son momentos singulares de la vida cristiana que celebran lo acontecido en Cristo con su muerte y Resurrección y anticipan lo que seremos nosotros: Transformados y transfigurados a través de la Pasión.

TERCER DOMINGO – La samaritana

El evangelio de la Samaritana (Jn 4,4-43) con su riqueza simbólica revela un nuevo horizonte de dignidad y de grandeza para la mujer en su encuentro con Jesús, encuentro que se convierte en paradigma de la relación del ser humano con Dios en espíritu y verdad.

En la región de Samaría, que era símbolo de prostitución para los judíos desde los tiempos del profeta Oseas, Jesús traspasa las fronteras sociales y religiosas y de género para hacerse el encontradizo y necesitado ante una mujer marginada por su condición de mujer, por su forma de vida y por ser de Samaría. A través del diálogo se crea una relación profunda, que posibilita a la mujer el reconocimiento de su peculiar historia personal y de su condición social y religiosa, y permite la reestructuración de su vida en virtud de la acogida y de la apertura a Jesús como fuente de agua viva. **El agua viva representa el don del Espíritu** de parte de Jesús que restablece la dignidad de la mujer cambiando su identidad de marginada en testigo ante los suyos de la humanidad nueva que emana del Mesías Jesús. El paso de Jesús la ha convertido en un manantial de vida nueva.

El Papa Francisco, en la carta de la institución de la fiesta de la Palabra de Dios, Aperuit Illis (AI), pretende abrirnos las Escrituras como Cristo hizo con la samaritana y con los discípulos de Emaús para que nuestros ojos, cegados, obcecados y atrapados por muchas otras realidades de la vida, **experimenten la gran alegría y la apasionante emoción del corazón que nos lleve a un cambio de mentalidad y de vida**, a una nueva visión del hombre y del mundo y a una apertura misionera definitiva que nos convierta en testigos de su presencia y del Evangelio en nuestra tierra.

Hay elementos extraños y fascinantes en el texto. El encuentro es entre un hombre y una mujer, entre un judío y una samaritana. Sobre todo, es sorprendente la referencia improvisada de Jesús al marido de la mujer. En el trasfondo del texto resuenan ecos del Antiguo Testamento. En el profeta Oseas la prostituta y la adúltera (Os 3,1) simbolizan el Reino de Israel, cuya capital es Samaria. Allí se había abandonado al verdadero Dios (cf. 2 Re 17,29-32) y se habían construido cinco ermitas. Se percibe en el fondo la cuestión del culto diferente, que tras el cisma de Jeroboán y Roboán, en el siglo X a C., se desarrolla en Jerusalén y Garizim (1 Re 12,25-33). El encuentro con Jesús es revelador y desvelador. Es revelador de su identidad última, como hombre, profeta, Mesías y Salvador del mundo. Y es desvelador de la identidad humana, mujer, prostituta, sin marido, que pasa a ser discípula y testigo de la verdad.

Este tipo de encuentro con Jesús es al que nosotros estamos llamados en la Cuaresma, un encuentro en el que **Jesús nos pide agua de nuestro pozo**, nos pide lo que somos y tenemos, no importa cuál sea la oscuridad ni cualquier otra circunstancia de la vida pasada. Él se hace el necesitado para darnos de su propia agua, el agua de la vida, el agua de la vida nueva y eterna. Al contacto con él, en diálogo con él, progresivamente se va desvelando quiénes somos nosotros.

Si miramos hacia la humanidad es posible que seamos de aquellos que se quejan de Dios, como el pueblo de Israel (Ex 17,3-7) hasta querellarse con Dios en Meribá. Ante las múltiples dificultades de la vida en el ámbito social y político, y ante los problemas naturales de la condición humana, podríamos decir que todos tenemos motivos para preguntarnos "¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?". Probablemente ocurra lo mismo **si centramos la atención en nosotros mismos y descubrimos que frecuentemente estamos sin fuerza y somos pecadores**, sobre todo si nos dejamos ver e interpelar por Jesús, el cual, como a la Samaritana, nos conoce muy bien en nuestro interior y en nuestra historia. Sea cual sea nuestra circunstancia y nuestro estado, al encontrarnos con Dios en Jesús hemos de decir, con el Salmo 50, que, en esa querella particular de la humanidad con Dios, éste resulta inocente, puesto que la gran manifestación de su amor no es otra que la entrega de la vida de Cristo por nosotros, pecadores. Así se revela como profeta, Mesías Salvador. Por eso nos regala con su persona el don de Dios y de su Espíritu. Él es la fuente de agua viva que se convierte en cada uno en manantial que brota hasta la vida eterna.

Jesús propone, además, un nuevo culto, el culto al Padre en espíritu y en verdad, en el amor y en la verdad, simbolizados en el agua viva. Ha llegado la hora de la transformación del culto, la hora de abandonar un culto exterior, formal y ritualista para vivir el culto interior. **Ese culto es la transformación del corazón por el Espíritu,**

que capacita a los seres humanos para hacer la única ofrenda agradable a Dios, la de la propia vida. La propuesta de Jesús es adorar al Padre en la Verdad, que es Cristo y bajo el impulso del Espíritu. El Espíritu es el amor. Y este amor ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado. Ese amor es Cristo, que, siendo nosotros pecadores, murió por nosotros (cfr. Rom 5,1-2.5-8).

En la vivencia del culto auténtico que lleva consigo la transformación del corazón humano por medio del Espíritu de Dios, la Palabra de Dios es trascendental, pues la Palabra es el Espíritu articulado que ordena el universo y reordena a cada persona para que entre en comunión con Dios y experimente la salvación. El Papa Francisco (AI 9) nos recuerda además la función del Espíritu que transforma en Palabra de Dios la palabra de los hombres escrita de manera humana. En la Segunda Carta a Timoteo, que constituye de algún modo su testamento espiritual, san Pablo recomienda a su fiel colaborador que lea constantemente la Sagrada Escritura. El Apóstol está convencido de que «toda Escritura es inspirada por Dios es también útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar» (Tim 3,16).

"Al evocar sobre todo la recomendación de Pablo a Timoteo, la Dei Verbum subraya que «los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (DV 11). Para alcanzar esa finalidad salvífica, la Sagrada Escritura bajo la acción del Espíritu Santo transforma en Palabra de Dios la palabra de los hombres escrita de manera humana (cf. DV 12). El papel del Espíritu Santo en la Sagrada Escritura es fundamental" (AI 9). **Gracias al Espíritu la Palabra escrita es siempre nueva** y por eso "La Sagrada Escritura realiza su acción profética sobre todo en quien la escucha" (AI 12).

En la escena evangélica de la samaritana en nuestro recorrido cuaresmal hacia la pascua es muy importante la posición de Jesús respecto al culto religioso. Para él, ni el monte Garizím de Samaría, ni el monte Sión de Jerusalén, ni cualquier otro sitio, santuario o tradición son ya lugares de los que dependa el culto auténtico. La religión que Jesús propone es la comunión íntima con Dios Padre, el cual busca quienes lo adoren "en espíritu y en verdad". Un poco antes, con la expulsión de los mercaderes (Jn 2,13-22), el evangelio de Juan había mostrado que el templo de Jerusalén era una institución caduca, sustituida por la persona de Jesús como nuevo templo de Dios. Cuando Jesús habla ahora del culto lo hace para sustituir el orden religioso antiguo. El culto que el Padre quiere **es el culto que se realiza desde la entrega sincera de la vida por amor a los demás, especialmente a los más necesitados y marginados**, en el reconocimiento de que Jesús es la fuente de agua viva, el Mesías y el Salvador del mundo.

CUARTO DOMINGO – La luz que ilumina a ciegos y obcecados

Estamos ya en el cuarto domingo del camino cuaresmal hacia la Pascua, en la cual celebraremos la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y la Iglesia nos va ofreciendo cada domingo un motivo catequético de carácter bautismal que nos ayude a renovar la fe en Jesucristo mediante la revisión de la vida a la luz de la fe e iluminados por la palabra de Dios, de modo que toda nuestra personalidad quede transformada para vivir en la bondad, en la justicia y en la verdad propia de los hijos de Dios. En este domingo el signo pascual y bautismal es la luz. **La luz del mundo es Cristo y su victoria sobre la muerte proclama el triunfo definitivo de la luz sobre la tiniebla, de la gracia sobre el pecado y del bien sobre el mal.** De esa luz, que es Cristo, todos nosotros podemos participar hasta convertirnos también nosotros en luz, con él y por medio de él. Esto es lo que se simboliza en el fuego de la vigilia pascual, del cual surge la luz del cirio, símbolo del Resucitado, en el que todos los bautizados participamos con nuestra propia vela.

La palabra de Dios dominical desarrolla su particular catequesis acerca de la luz. La elección y unción de David como rey por parte del profeta Samuel (1Sam 16, 1b.6-7.10-13a) revela que **Dios no se fija en las apariencias sino que mira el corazón,** e igual que elige a David, el ascendiente mesiánico, siendo el hermano menor de los hijos de Jesé, nos escoge a cada uno de nosotros, fijándose en nuestro corazón y suscitando la transformación interior que el Espíritu realiza en cada uno de nosotros para formar parte de un pueblo mesiánico.

La carta a los Efesios (Ef 5,8-14) muestra a **Cristo como luz,** que desvela toda sombra y oscuridad de la vida humana, dejándola al descubierto y así todo lo descubierto se transforma en luz, hasta el punto de que **cada persona llega a ser también luz que destella con sus obras, bondad, justicia y verdad**. En este mundo de mentira y corrupción, de injusticia y de autojustificación, de malicia y de egoísmo, necesitamos encontrarnos con la luz para tener una nueva visión del hombre, de la vida, del mundo y de Dios. Necesitamos encontrarnos con Cristo, luz que haga ver la luz.

La curación del ciego en el evangelio de Juan (Jn 9,1-41) escenifica en una narración bellísima ese proceso iluminador del ser humano en el encuentro con Jesús. Este amplio relato constituye el eje del mensaje dominical. La curación del ciego de nacimiento es el penúltimo de los siete signos de este evangelio que anuncian la hora de la gloria en la Pasión y glorificación de Jesús. El milagro es mucho más que un hecho prodigioso, puesto que la curación inaudita del ciego de nacimiento es la ocasión y el **signo para encontrarse con Jesús y creer en él como Mesías, Hijo del Hombre y Señor.**

En este evangelio se perciben tres procesos a la vez. Primero, **el proceso progresivo de visión**, desde la **fe ciega** del invidente hacia la **fe testimonial** hasta culminar en la expulsión del mismo por ser testigo de Jesús. Segundo, el **proceso revelador de la persona de Jesús como Profeta, Mesías, Hijo del Hombre y Señor** (Jn 9, 17.22.35.36.38). Finalmente, el **proceso de obcecación de los dirigentes en su pecado de rechazo de Jesús** y rechazo de la luz. El juicio por medio de la luz se ha producido con Jesús.

En cuanto signo este milagro revela que ***Jesús es la luz del mundo que juzga al mundo***. El capítulo noveno de Juan continúa la controversia con los líderes religiosos. **Jesús es la luz del mundo que libera de las tinieblas.** El ciego representa al pueblo en su impotencia sometido a los dirigentes. La misión de Jesús es "abrir los ojos" (expresión que aparece siete veces en el texto) al ciego y a los que no ven para que vean (el verbo ver se repite nueve veces) y crean en Jesús como Señor; es la misión liberadora del Siervo de Dios (Is 42,6; 35,1-10) que aparece también en otros textos, como el de Is 29,18. El hombre es debilidad y oscuridad pero Jesús amasa el barro con su saliva para que, como en la primera creación, nazca un nuevo hombre, una nueva humanidad, el hombre del Espíritu (Jn 3,6).

Este Evangelio parte de un milagro para mostrarnos no sólo que Jesús abre los ojos al ciego para que vea sino **para que el hombre crea que Jesús es la luz y el Hijo del Hombre** y quien se encuentra con él y lo reconoce experimenta un cambio rotundo en su vida hasta el punto de ser considerado como hijo de la luz una nueva criatura. Eso es lo que plenamente celebraremos en la Pascua y lo que hoy anticipa la liturgia cuaresmal.

Recogiendo la enseñanza de la carta del Papa Francisco sobre la Palabra de Dios (Al 1), como estamos recordando esta cuaresma, percibimos que, para sacarnos de las tinieblas a su luz maravillosa, Jesús nos habla al corazón y nos quita todas nuestras cegueras abriéndonos las Sagradas Escrituras, como hizo con los discípulos de Emaús "Les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras" (Lc 24,45).

Sin embargo, este proceso de clarificación e iluminación de la vida en los que recuperan la vista y creen en Jesús se produce a la par que otro **proceso de obcecación progresiva en los dirigentes fariseos**, los cuales, creyendo que ven, no perciben ni siquiera las evidencias de la realidad. Los fariseos se niegan a reconocer que el ciego lo era desde nacimiento, que lo haya curado uno que no cumple la ley del sábado y por tanto no puede ser el Mesías, sino un pecador. Los fariseos se oponen a Jesús porque, en su obstinación, consideran pecador a uno que no respeta la ley y cura en sábado a un hombre necesitado y además parten de la idea de que Dios no puede escuchar a los pecadores. Por eso Jesús es no sólo la luz del mundo que ilumina a todo hombre sino **la luz que desvela y juzga toda la obcecación progresiva de los que no quieren ver,** de los que se cierran a la continua y sorprendente intervención liberadora de Dios en la historia humana. Y por ello el pecado persiste en ellos.

Los **ciegos** son personas que no ven porque no han podido ver nunca o porque han perdido la visión. Los **obcecados** son personas que no ven porque un objeto o una realidad se interpone ante sus ojos y les impide ver y, aunque creen ver, no ven ni siquiera lo que tienen delante de sus ojos. Esto es lo que aparece hoy en el evangelio de la curación del ciego de nacimiento y la narración de las controversias que suscita dicho evento. La ceguera física es una anomalía que pertenece a la naturaleza humana, pero la obcecación es un tipo de ceguera en el que la voluntad humana impide ver toda la realidad y se ofusca tanto que no permite ver más que lo previsto previamente por el sujeto. Dice el refrán que no hay peor ciego que el que no quiere ver. Jesús, luz del mundo, hace ver a los ciegos, que son los pobres y marginados y juzga a los obcecados, que son los fariseos y dirigentes judíos, cuyo pecado, generalmente de soberbia y de autosuficiencia en la obcecación por el poder, les impide incluso ver las realidades más evidentes. Y cada uno de nosotros **¿Somos ciegos u obcecados?**

El encuentro con Jesús a través de la Palabra de Dios y del Evangelio nos facilita la reflexión sobre nuestra vida. El Papa Francisco nos lo indica en su carta sobre la Palabra de Dios: "Nos urge la necesidad de tener familiaridad e intimidad con la Sagrada Escritura y con el Resucitado, que no cesa de partir la Palabra y el Pan en la comunidad de los creyentes. Para esto necesitamos entablar un constante trato de familiaridad con la Sagrada Escritura, si no el corazón queda frío y los ojos permanecen cerrados, afectados como estamos por innumerables formas de ceguera. La Sagrada Escritura y los Sacramentos no se pueden separar. Cuando los Sacramentos son introducidos e iluminados por la Palabra, se manifiestan más claramente como la meta de un camino en el que Cristo mismo abre la mente y el corazón al reconocimiento de su acción salvadora. Es necesario, en este contexto, no olvidar la enseñanza del libro del Apocalipsis, cuando dice que el Señor está a la puerta y llama. Si alguno escucha su voz y le abre, Él entra para cenar juntos (cf. 3,20). Jesucristo llama a nuestra puerta a través de la Sagrada Escritura; si escuchamos y abrimos la puerta de la mente y del corazón, entonces entra en nuestra vida y se queda con nosotros" (Al 8).

Vayamos todos este domingo al encuentro de Jesús para que encontremos luz y nuestra vida se abra a un proceso de revisión y clarificación desveladora de las sombras que hay en los rincones del alma y podamos recibir de él una nueva visión que nos permita caminar **como hijos de la luz en comunión con el crucificado y resucitado, la auténtica luz del mundo.**

QUINTO DOMINGO – Jesús es la vida

El quinto domingo de cuaresma es un verdadero canto a la Vida que Jesús nos comunica, porque Él es la vida, y nos convierte en testigos y defensores de la vida en todos los ámbitos de la existencia humana. La palabra de Dios de este domingo anuncia en sus tres lecturas el **triunfo de la vida sobre la muerte,** que se hace patente en la solemne proclamación evangélica de que **Jesús es la Resurrección y la Vida**. Quien conoce a Jesús y se acerca a él, quien mantiene la amistad personal con él, y quien cree firmemente en él no tiene que esperar ni siquiera el momento de la muerte para experimentar el dinamismo de la resurrección final y escatológica y de la nueva vida, pues ya ha pasado de la muerte a la vida. Las señales históricas de ese paso de la muerte a la vida son la **escucha de la palabra, la comunión eucarística y el amor a los hermanos**. El Espíritu de Dios es protagonista en ese triunfo de la vida de Cristo en nosotros. Y ese Espíritu es el que da y dará vida siempre a nuestros cuerpos mortales.

En el lenguaje profético apocalíptico de Ezequiel aparece **el espíritu como un aliento de vida** que comunica la esperanza de la restauración al pueblo sumido en la catástrofe del destierro **(Ez 37,12-14)** evocando la efusión del Espíritu en la primera creación del hombre y anticipando la nueva creación en Cristo Resucitado. La imagen de la apertura de los sepulcros de parte de Dios para demostrar la Alianza de amor inquebrantable de Dios con su pueblo será la misma imagen con la que el evangelista Mateo nos describa la gran intervención de Dios en la misma muerte de Jesús el próximo de Ramos (cf. Mt 27,52-53). Muerte y Vida están íntimamente unidas en el Crucificado, pues la muerte de Cristo por amor es entrega total de la vida que da nueva vida a la humanidad. En el lenguaje teológico existencial de Pablo es **el Espíritu de Cristo resucitado el que da vida al ser humano en su debilidad de criatura (Rom 8,8-11).** El último de los signos en el evangelio de Juan narra **la muerte de Lázaro y su retorno a la vida realizado mediante la palabra portentosa de Jesús (Jn 11,1-57)**, y constituye el preludio de la hora definitiva en que Jesús mismo resucite de entre los muertos pasando por una muerte injusta y violenta vivida en el amor más entrañable. Todo un mensaje de esperanza que podemos comunicar diciendo con las palabras centrales del Evangelio dominical que proclaman que Jesús es la resurrección y la vida.

Este episodio de la muerte y resurrección de Lázaro, el amigo de Jesús, en Betania, es la ocasión oportuna para que se manifieste **la gloria de Dios en la persona de Jesús y para que muchos crean en él.** Sin embargo, para los dirigentes religiosos, los adversarios reales de Jesús, el hecho motivará su decisión final de darle muerte. Así la resurrección del amigo se presenta como el último de los signos realizados por Jesús antes de su propia pasión y constituye la señal cumbre de la hora definitiva de Jesús, la cual tendrá lugar con su muerte y resurrección. La enorme fuerza simbólica del episodio, más allá de su carácter histórico, fundamentado con toda probabilidad en un hecho real de la vida de Jesús, anticipa la confrontación personal de Jesús con la muerte así como su victoria sobre la misma. El relato destaca el hecho prodigioso realizado por Jesús y los diálogos en torno al mismo revestidos de una gran fuerza teológica. En él podemos apreciar dos elementos esenciales. El

diálogo central de la escena (Jn 11,21-27) revela primeramente que **Jesús maestro, Señor, Mesías e Hijo de Dios, es la resurrección y la vida;** y, en segundo lugar, que **quien cree en él tendrá vida para siempre.**

Con este último signo de Jesús podemos decir que Él es la realización de toda esperanza humana. **Creer en Jesús significa tener vida hoy y tener vida siempre;** participar en la vitalidad propia del Espíritu de Dios que permite incluso enfrentarse a la muerte biológica sin temor alguno, aunque sin eliminar el dolor que ésta siempre supone. A partir de Jesús, amigo y hermano de la humanidad sufriente, todo ser humano puede experimentar que la muerte no es la palabra definitiva de la historia humana. La palabra definitiva es Jesús que, por ser él mismo la vida, es también la resurrección. Así pues, teniendo acceso a Jesús, como Marta y María, como los discípulos y como Lázaro, la situación humana cambia radicalmente de rumbo. En el corazón de la humanidad irrumpe el amor de Jesús dando **una vida nueva,** cuya calidad, **impregnada por ese mismo amor, trasciende la barrera de la muerte biológica.**

Jesús se enfrentó a la muerte apostando por la vida humana. El pasaje evangélico pone de manifiesto una de las grandes paradojas de la vida humana, que, a su vez, constituye el núcleo del mensaje y del testimonio de Jesús: **Dando la vida se da vida**. Por eso el amor de la entrega radical y gratuita de la vida, el amor solidario y generoso, el amor a fondo perdido, experimentado en tantas situaciones de sufrimiento humano, el amor hasta el final, acrisolado en el dolor es siempre generador de vida.

El amor de la entrega radical para dar vida a los otros, aun sacrificando la propia, es el amor de Cristo. La Palabra de Dios, tal como nos va presentando el Papa Francisco en su carta *Aperuit Illis* nos impulsa a vivir ese amor misericordioso: "Otra interpelación que procede de la Sagrada Escritura se refiere a la caridad. La Palabra de Dios nos señala constantemente el amor misericordioso del Padre que pide a sus hijos que vivan en la caridad. La vida de Jesús es la expresión plena y perfecta de este amor divino que no se queda con nada para sí mismo, sino que se ofrece a todos incondicionalmente. En la parábola del pobre Lázaro encontramos una indicación valiosa. Cuando Lázaro y el rico mueren, este último, al ver al pobre en el seno de Abrahán, pide ser enviado a sus hermanos para aconsejarles que vivan el amor al prójimo, para evitar que ellos también sufran sus propios tormentos. La respuesta de Abrahán es aguda: «Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen» (Lc 16,29). Escuchar la Sagrada Escritura para practicar la misericordia: este es un gran desafío para nuestras vidas. La Palabra de Dios es capaz de abrir nuestros ojos para permitirnos salir del individualismo que conduce a la asfixia y la esterilidad, a la vez que nos manifiesta el camino del compartir y de la solidaridad" (AI 13).

Para hacer posible esta transformación del dolor y de la muerte en vida y en esperanza Jesús mismo experimentó hasta el fondo el desconsuelo inherente a la pérdida del amigo, el dolor y la indignación interior por la muerte de Lázaro. Y sólo desde la comunión solidaria con el dolor, y sin que éste desaparezca de nuestro horizonte vital, se abre camino la esperanza de la resurrección.

Jesús no vino sólo a cambiar el curso natural de la vida física, sino a infundir en ella un nuevo sentido con la fuerza de su Espíritu y la potencia de su palabra, transmitiendo al ser humano una esperanza siempre viva, fuente inagotable de la verdadera alegría. La piedra sepulcral que los discípulos de Jesús debemos remover es enorme y pesada, pues la losa de la muerte sigue sepultando a las masas de los pobres en nuestra tierra. **Frente a toda manifestación de muerte, contra toda violencia y atentado a la vida, desde el terrorismo hasta el aborto, desde la guerra hasta el hambre, los que creemos que Jesús es la vida, hemos de apostar por la vida, por la vida hoy y por la vida siempre, por la vida de todos y por una vida digna.** Una forma concreta de llevar a cabo esta convicción es practicar la misericordia a favor de la vida colaborando en alguna obra social de la Iglesia, sobre todo, a través de Cáritas.

El Evangelio es una apuesta por la vida digna y por la vida en el Espíritu del Resucitado que nos llama a la conversión, a un decidido cambio en nuestra vida personal y social y a mirar a la luz de la Pascua, que ilumina el camino cuaresmal, y nos abre a la esperanza cierta de que **el Resucitado es el Señor de la vida y de la historia,** vencedor del mal y de la muerte.

DOMINGO DE RAMOS

El Señor **Crucificado sacude la tierra** y estremece el corazón de los seres humanos que contemplan en Jesús algo inaudito: un amor sin límites que rompe la frontera entre la muerte y la vida. La tierra entera, la ciudad de Jerusalén y los hombres de todos los tiempos quedamos impactados, y ojalá que también quedemos convertidos, como le pasó al centurión romano, al mirar al crucificado. El Domingo de Ramos al comienzo de la semana Santa ofrece dos motivos fundamentales para la celebración de la comunidad cristiana: **la manifestación mesiánica de Jesús cerca de Jerusalén (Mt 21,1-11) y el relato bíblico de la Pasión (Mt 26-27)**, ambos tomados del evangelio de Mateo.

El relato de la llegada mesiánica en Mateo

En el primer relato, lejos de las categorías de triunfalismo y de exaltación del poder del supuesto mesías esperado por Israel, el evangelio de Mateo presenta a Jesús, como Señor y como Mesías, pero de manera sorprendente. **La soberanía de Jesús es la de la humildad y la sencillez, la de la mansedumbre y la no violencia.** Su grandeza es la de ser servidor de los otros y su autoridad la del que va a ser crucificado para revelarnos dónde y cómo podemos encontrarnos con Dios en esta tierra. En Mateo, el acercamiento mesiánico de Jesús a Jerusalén sigue presentando, como en Marcos, los rasgos dramáticos de la confrontación con la ciudad, que lo conducirá a la cruz, tras un conflicto de muerte. Pero el centro de la narración gira en torno a los textos bíblicos del Antiguo Testamento que ilustran la escena. Mateo cita expresamente a "la hija de Sión" (Is 62,11) a la cual se le anuncia la venida de un rey con las palabras proféticas de Zacarías (Zac 9,9). La combinación de ambas citas subraya el señorío real de Jesús ante sus discípulos, que realizan su mandato de proporcionar un pollino y un asna para la realización de un gesto mesiánico simbólico que destaca su realeza (cf. Zac 9,9). El énfasis del texto es que **"todo ocurrió para que se cumpliese" lo dicho en la Escritura**, lo cual constituye la clave de interpretación de este texto y de todo el relato de la Pasión. La figura del **"pollino"** es relevante pues se trata de un animal digno y majestuoso, pero a la vez sencillo, humilde y pacífico. El pollino no es tratado aquí como un animal de carga, sino como el que sirve para realzar la figura de **Jesús, como rey justo y salvador desde la mansedumbre y la humildad.** Mateo subraya así la cualidad mesiánica de la mansedumbre. **Mansedumbre** es la virtud que combina la **sencillez, la no violencia, la humildad y la solidaridad compasiva**. Éste es el Mesías de la Pasión.

Asimismo, la manifestación popular entusiasta del relato evangélico consiste en una **explosión de alegría** espontánea de seguidores, que esperan al que viene en nombre del Señor, pero **sin entender bien en qué consiste su mesianismo**. La aclamación de "bendito el que viene en nombre del Señor" (Sal 118, 25-26) expresa las expectativas de las gentes, en las cuales están representados los humildes, sencillos e indigentes que, lejos del poder establecido, anhelan la llegada del Señor y Salvador. Sin embargo, la primera aclamación deja entrever la incomprensión de la multitud acerca de la identidad de Jesús. Su confusión está en pensar que Jesús es sólo el hijo de David, reduciendo así la comprensión mesiánica a una cuestión de poder, y en el mejor de los casos, a una figura profética. En realidad, la escena no transcurre en Jerusalén sino en el monte que está enfrente de Jerusalén, más exactamente frente al templo. Y **en confrontación con el templo es como se plantea el mesianismo de Jesús,** el cual cuando accede a Jerusalén lo hace directamente al templo, provocando la escena dramática y profética de la expulsión de los mercaderes, que manifiesta la caducidad del viejo sistema religioso judío del templo y su sustitución por la nueva presencia de Dios a través del cuerpo del crucificado. Esta profunda **convulsión religiosa es expresada en Mateo con la imagen del terremoto**, cuando literalmente dice que: **"toda la ciudad tembló" (Mt 21,10).** Así preconiza los **dos terremotos** que se narran, sólo en Mateo, con la **muerte** de Jesús y con su **resurrección**, los cuales son, sin duda, símbolos de la **manifestación de Dios en el AT.**

El relato de la Pasión según San Mateo

Por otra parte, el relato de la Pasión revela la tensión dramática de todo el Evangelio. Sus temas fundamentales son la identidad de **Jesús como Hijo de Dios** y **el templo**, cuyo velo, desgarrado en dos tras la muerte de Jesús, muestra la ineficacia y caducidad de dicha institución religiosa para seguir representando el espacio de la presencia de Dios en esta tierra. Las palabras del centurión pagano al pie de la cruz constituyen la revelación más solemne de todo el evangelio de Mateo y su objetivo primordial: **"Verdaderamente éste era Hijo de Dios"** (Mt 27,54). Pero Mateo acentúa en la Pasión también otros temas que permiten ver en profundidad los hechos acaecidos desde Getsemaní hasta la muerte y sepultura de Jesús. Esos temas son el cumplimiento de las **Escrituras**, la **entrega de Jesús como sangre inocente** (en la escena de la muerte de Judas, el traidor) y la **repercusión cósmica de la muerte** de Jesús.

El cumplimiento de la Escritura sobre la entrega de Jesús

Del cumplimiento de la Escritura se debe destacar el verbo que hace referencia a la "entrega" de Jesús el cual constituye una de las claves del relato de la Pasión, particularmente en Mt donde aparece unas quince veces. De entre ellas destacan las tres ocasiones en que la **"entrega"**, se refiere a la traición de Judas, el cual, arrepentido, dice "pequé al entregar sangre inocente" (Mt 27,4). Este verbo **"entregar"** se remonta al **cuarto cántico del Siervo de Is 53**, donde se utiliza para expresar la entrega de la vida del justo a favor de los pecadores. El texto de la muerte de Judas (Mt 27,1-10) es una composición netamente midrásica, que combina múltiples citas veterotestamentarias (Zac 11,12-13; Éx 31,32; Jr 19,4; Dt 19,10; 2 Sam 17,23; Jr 32,8-9; Éx 9,12) de manera creativa pero imprecisa. **Mateo enfatiza el valor de la vida de Cristo, simbolizada en la Sangre.** De esa vida traicionada y entregada se hacen responsables tanto Judas, amigo traidor del descendiente davídico, como el antiguo pueblo de Israel (Mt 27,25: "su sangre sobre nosotros y nuestros hijos").

La misión del Siervo Jesús: dar aliento al abatido

El tercer canto del Siervo es el que hoy se proclama como primera lectura (Is 50,4-7). La figura del Siervo y su misión tienen aspectos proféticos: vocación, sufrimiento inherente a su misión y total confianza en Dios. Su mensaje, aún en medio del sufrimiento, es de consuelo y de esperanza en el Señor. Por encargo del Señor, la

misión del Siervo es **"saber decir al abatido una palabra de consuelo"**, aunque por ello sea incomprendido, insultado y golpeado. La misión conlleva un gran sufrimiento (apalearlo y mesarle la barba son signos de ultraje y desprecio: 2 Sam 10, 4ss), pero el Siervo tiene puesta toda confianza en Dios que le ayuda y no defrauda. **Asumida la misión como entrega personal de la vida para dar una palabra de aliento a los abatidos, el Siervo transforma el sufrimiento en Pasión por los otros**. La comunidad cristiana veía cumplidos los cánticos del Siervo de Isaías en el Jesús de la Pasión, y ese aspecto es subrayado sobre todo por Mateo.

Señales geológicas de teofanía en la muerte de Jesús

Por último, todos y cada uno de los eventos geológicos incorporados por Mateo en la descripción de la muerte de Jesús **(Mt 27,51-54)** son motivos veterotestamentarios que le permiten al evangelista interpretar la muerte del Señor, más allá de la historia de los hechos, en el marco de la historia del plan de Dios y de las Escrituras que se cumplen, y por tanto como una **plena manifestación teofánica**. El oscurecimiento de la tierra a mediodía era la señal dada por el profeta Amós para anunciar el tiempo de la intervención de Dios para acabar con la injusticia social, la corrupción en los tribunales, la falsedad religiosa y la desigualdad reinante en su pueblo (Am 8, 9). **El temblor de tierra** era frecuente en la **teofanía del Dios liberador en el Éxodo (Éx 19,18)** y en la profecía de Isaías que anunciaba **la acción de Dios contra la arrogancia, la injusticia y la prepotencia de los poderosos (Is 2,9-17).** El agrietamiento de las rocas alude a Zac 14,16 donde anuncia que Dios salva del pueblo de la injusticia y de la persecución. En **Ez 37,12** se menciona la metáfora de la **apertura de los sepulcros anunciando la llegada del día del Señor**. En el libro de Daniel se anuncia la resurrección de los muertos (Dn 12,2) en un contexto de persecución martirial. Con todos estos elementos el evangelista Mateo destaca que **la muerte de Cristo es la manifestación plena de Dios, de su amor liberador, de su justicia salvífica y de la vida que triunfa sobre la muerte.**

El anonadado en la cruz, exaltado como Señor

El himno de Pablo en la carta a los Filipenses convierte la realidad de la Pasión en un canto excepcional que nos permite comprender y asumir que **Jesús es el Dios que** no hizo alarde de su categoría divina, sino que despojándose de su rango, **se anonadó, y se hizo siervo de todos hasta la entrega de su vida** en la muerte, y además, en una muerte de **cruz (cfr. Flp 2, 5-**11). Este Hombre, Jesús, es el Señor y el Hijo de Dios. Y en él y por medio de él **Dios se hace presente de forma paradójica en los últimos de la historia, en los ninguneados de la vida,** en los que no cuentan, en todos los crucificados, especialmente como víctimas de las injusticias, corrupciones, desidias e insidias humanas.

Para que en esta semana santa nos convirtamos en verdaderos discípulos de Jesús debemos reconocer en este hombre, Jesús, al Hijo de Dios, cuando, como el centurión, contemplemos su muerte en la cruz. Sólo con esta reorientación de la **mirada hacia Jesús en la cruz y, con él, hacia todas las víctimas de la injusticia y hacia todos los abatidos de este mundo,** se producirá en nosotros la auténtica conversión y el verdadero cambio de mentalidad y de comprensión del Mesías que nos pedía el evangelio al principio de la Cuaresma.

Apéndice sobre mi tierra: La tamborada de la Pasión en Mula

En la ciudad de Mula (Murcia – España) se celebra la semana santa de una manera muy particular, pues a las doce de la noche del martes santo irrumpe de manera estruendosa *la noche de los tambores*. En ella se dan cita todos los muleños para unirse a la tamborada, en la que miles de tambores sonarán sin orden ni concierto, sin ritmo y sin melodía, con el único fin de hacer un ruido estrepitoso, semejante a un terremoto, cuyo eco se deja oír a muchos kilómetros a su alrededor. El inicio es verdaderamente estremecedor, ensordecedor, y

emocionante. La tamborada durará hasta el Jueves Santo. Con este fenómeno la fe popular consigue dar expresión a la interpretación que el evangelista Mateo hace de los acontecimientos de la llegada de Jesús a Jerusalén y de su muerte en la cruz, pues en ambos momentos los hechos van acompañados de *seísmos*, y así se revisten de un lenguaje literario y teológico que hacen de ellos auténticas teofanías.

El evangelista Mateo destaca así que la muerte de Cristo es la manifestación plena de Dios, de su amor liberador, de su justicia salvífica y de la vida que triunfa sobre la muerte. Quiera Dios que este mensaje sea la resonancia profunda de la tamborada de la Pasión en Mula.

VÍA CRUCIS

A continuación, os ofrecemos este Vía Crucis que os puede ayudar a contemplar la pasión y muerte del Señor, conectando con la experiencia y sentimientos de distintos personajes.

Tras cada estación se puede hacer algún canto que ayude a continuar interiorizando y profundizando.

INTRODUCCIÓN

Éste es el Vía Crucis de la Cuaresma 2020. En este camino de la cruz que recorremos hoy caben todos. Cabe la gente de nuestra parroquia y la de las otras parroquias vecinas. Caben las mujeres y caben los hombres. Los que tienen fácil la vida y los que se sienten abrumados por los pesos que les han ido cayendo encima y no saben de dónde sacar fuerzas. Caben los viejos, que por ley de vida no son ya jóvenes, aunque algunos para consolarse dicen que lo son de espíritu. Caben también los jóvenes que son viejos, los que están cansados y aburridos como si hubiesen andado ya un camino largo de ochenta años. Los que sonríen y los que se sienten solos y tienen ganas de llorar...

En este Vía Crucis caben todos, aunque un día sólo cupo uno: Jesús. Aquel fue su exclusivo Vía Crucis, el camino-de-la-cruz original y primigenio. Pero desde entonces todos los Vía Crucis de la historia se han unido al primero. En todos está Cristo, y en todos andan los otros «cristos», los hermanos de Cristo, los hijos de Dios. Cargan con la cruz; son traicionados y vejados; caen, no tres veces, sino tres mil; en unas ocasiones se levantan de nuevo y en otras quedan en el suelo extenuados; son colgados de la cruz; criticados, apaleados, juzgados, abucheados, rechazados, torturados; y Cristo va siempre con ellos. Vía Crucis de Jesús, el Hijo de Dios; y de sus hermanos, los hijos de Dios. El Vía Crucis no es solo camino: es lugar y ocasión de encuentro. Encuentro de Cristo y sus hermanos; encuentro de los hermanos de Cristo entre sí.

Pretende este Vía Crucis nuestro ser un reflejo del auténtico. Del camino- de-la-cruz que recorrió Jesús, nuestro Maestro y Señor. Un camino que no comenzó en el monte de los olivos, sino mucho antes. En su bautismo, cuando se metió en mitad de la fila de los que acudían donde Juan, Jesús comenzó a cargar la cruz —las cruces— del mundo. De su mundo, del que a Él le tocó vivir.

Tenía muchas cruces aquel mundo: la pobreza y la injusticia; el rechazo de los «pecadores»; la prepotencia de los poderosos de la religión y del imperio; los gritos de auxilio de las viudas y los huérfanos; la violencia y el deseo de venganza presente en los corazones de un pueblo siempre oprimido, siempre machacado...

Jesús cargó con aquellas, y a un tiempo con todas las cruces que estaban por venir. También con las cruces del mundo que nos ha tocado vivir a nosotros. Hacer el Vía Crucis es, pues, ver a Cristo. Y verlo cargado con su cruz, con sus cruces, que son las nuestras.

En este Via Crucis, al mismo tiempo que escuches la pasión del Señor, tal y como el evangelista Lucas nos la transmitió, vas a escuchar también la voz de algunos testigos que la presenciaron en primera persona. Testigos de la pasión. María, Pedro, Pilato, una mujer, Simón...; solo hemos podido dejar hablar a catorce, porque son catorce las estaciones. Pero hubo muchos más testigos. Si tú y yo creemos hoy es por el testimonio que ellos dejaron.

Y hoy, en nuestro mundo actual, sigue habiendo más testigos. Gente que continúa contemplando con estupor, con asombro, con impotencia, con rabia, con indiferencia... la pasión de Cristo, la pasión de todos los hermanos de Cristo, la pasión de todos los cristos. También a estos testigos queremos dejarles hablar esta noche, haciéndoles un hueco de silencio en nuestros corazones. Estate atento. No te pierdas su testimonio. Probablemente lo necesitas. Además, seguro que incluso tú eres también testigo.

Como ves, lo que te estoy intentado decir de diversas maneras es que en este Vía Crucis también cabes tú. Cabes en cada estación. Y en cada personaje. No pienses que eres solo el que —como Cristo— sufres. También eres el que hace sufrir. Eres Jesús. Pero también eres Pedro y Judas. La mujer que lloriquea y el Pilato que se lava las manos. El discípulo que por miedo se aparta de la cruz y el centurión pagano que conoce en Jesús al Hijo de Dios cuando ve su forma de morir. Tú eres el soldado que azota y Verónica que seca el rostro. Tú, el ladrón bueno, pero también el malo.

En este viacrucis también cabes tú. No te quedes fuera mirando. Entra en nuestro camino, que es el camino de la cruz de Jesús.

Y tráete tu paisaje. Porque éste no es solo el Vía Crucis de Jerusalén. Es también el de… *(nombre del pueblo, parroquia o diócesis)* y el de Nigeria y de Bolivia, el de México y el de Palestina y el de Siria... No solo aquella ciudad, sino la aldea global —el pueblo de todos los pueblos de la tierra— se llena de tinieblas con la muerte de Jesús y espera con ansias que salga de la tumba nueva el Sol que no conoce ocaso.

Únete a nosotros. No te quedes atrás. No camines solo. Es más difícil hacer solos este camino. Disfruta del encuentro, de los encuentros. Puedes necesitar un cireneo porque tu cruz sea demasiado pesada. O —¿quién sabe? — a lo mejor te cargan la cruz de otro que tiene menos fuerza que tú.

PRIMERA ESTACIÓN
LA CENA

LA PALABRA

Cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios».
Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo: «Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios».
Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía».
Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros».
Se produjo un altercado a propósito de quién de ellos debía ser tenido como el mayor. Pero él les dijo: «Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve» (Lc 22,14-26).

EL TESTIGO

Fue algo inaudito. A pesar de que era lo más normal del mundo. Una cena de pascua. Yo había asistido cada año, desde pequeño, a la cena. Y no fue la primera que celebramos con Jesús. Pero esta, además de última, fue especial.
Creo que ninguno de nosotros acertó a entender del todo el alcance de lo que estaba ocurriendo. Pedro se enfadó muchísimo cuando Jesús se puso a lavarnos los pies. Los demás nos callamos, pero no sabíamos lo que pasaba. Luego nos dijo que también teníamos que hacerlo nosotros. Ciertamente el Reino no era lo que nosotros pensábamos. Y mira que nos habló veces para aclararnos las ideas. Incluso esa misma noche, después de la cena, empezamos a bromear sobre quien era el más importante de todos nosotros. Pero la broma acabó casi en una pelea. Y Jesús nos recriminó duramente. Nos dijo que si es que no habíamos aprendido nada del gesto que había hecho; que había actuado con nosotros como un criado, él, al que llamábamos «maestro», y nosotros nos peleábamos por ponernos por encima unos de otros.
Después de lo del lavatorio, vino lo otro, lo del pan. Y al final de la cena, la bendición de la copa. Dos gestos que siempre se hacen, pero que él cambió profundamente y con gran desconcierto nuestro. Parecía que ya se estaba muriendo en esa cena. Como si hubiera adivinado todo lo que se le venía encima. Y nosotros —la mayoría— estábamos aún ajenos. Hizo falta que pasara lo peor para que entendiésemos el sentido de aquella comida de fraternidad, que después de su resurrección se convirtió en la reunión más importante para los que lo seguimos.
Los creyentes ya no podemos tener excusa. Tampoco vosotros, que escucháis mi voz después de tantos años: si no os ponéis en actitud de servicio, si no estáis dispuestos a la entrega, no tenéis derecho a decir que sois discípulos suyos.

Tomás, discípulo de Jesús

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

SEGUNDA ESTACIÓN
LA ORACIÓN

LA PALABRA

Salió Jesús y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo: «Orad, para no caer en tentación».
Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya».
Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo: «¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación» (Lc 22,39-46).

EL TESTIGO

Jesús nos tomó aparte a Pedro, a mi hermano Juan y a mí. Los demás dormían ya.
Estábamos en la ladera del Monte de los Olivos; en un lugar conocido por todos, al otro lado del torrente. Jesús se alejó un poco de nosotros.
Nos invadió a los tres una especie de sopor.
No decíamos nada, pero presentíamos lo peor, aunque no queríamos ni siquiera intentar comprenderlo. Lo mejor era adormilarse, como si no pasara nada. A mí me vienen a la cabeza los relatos del Antiguo Testamento, que tantas veces hemos escuchado en la sinagoga, en los que se dice que, cuando Dios aparece, todo se rodea de nube y los hombres se llenan de sueño. A lo mejor el sueño era la presencia de Dios, y nosotros no éramos capaces de notarlo.
Mientras los tres dormitábamos, Jesús oraba. Estaba enfermo de angustia. El miedo lo torturaba sin duda. Y luego vino lo demás: la traición de Judas, la negación de Pedro que Jesús mismo había adivinado... Y todos los abandonos... Tengo que reconocer que yo, que nunca he sido un hombre cobarde, aquella noche también le fallé. Le fallamos todos. Jesús se quedó solo.
Con dolor os digo que fuimos incapaces de velar con él. Y eso que Jesús vino a implorarnos repetidamente que lo acompañáramos en su sufrimiento, que no lo abandonáramos.
Pero nada, que fuimos incapaces de compartir su angustia y de ver que sudaba sangre.
Hasta le oímos decir en una voz más alta de la que se estila para la oración: «Padre, lo que tú quieras, no lo que yo quiero». Pero no comprendíamos lo que pasaba. Pedro, Andrés y yo pensábamos que Jesús iba a escapar de los jefes judíos o a convencerlos de su hipocresía, como había hecho en otras ocasiones, dejándolos en ridículo delante del pueblo, cuando le planteaban preguntas difíciles sobre la Ley.
Los tres hombres de su confianza nos dejamos llevar por el sueño cuando él agonizaba. Las mujeres alguna vez nos reprocharon que si hubieran estado ellas, se habrían dado cuenta del asunto, porque dicen que tienen un sentido especial para percibir las cosas. ¿Quién sabe...?; igual hubieran podido hacer algo.
Y vosotros, ¿sois capaces de velar, de estar despiertos para no caer en la tentación?

Santiago, discípulo de Jesús

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

TERCERA ESTACIÓN
LA DETENCIÓN

LA PALABRA

Todavía estaba Jesús hablando, cuando apareció una turba; iba a la cabeza el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús. Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?».
Viendo los que estaban con él lo que iba a pasar, dijeron: «Señor, ¿herimos con la espada?»
Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Jesús intervino, diciendo: «Dejadlo, basta».
Y, tocándole la oreja, lo curó.
Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los oficiales del templo, y a los ancianos que habían venido contra él: «¿Habéis salido con espadas y palos como en busca de un bandido? Estando a diario en el templo con vosotros, no me prendisteis. Pero esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas» (Lc 22,47-53).

EL TESTIGO

Yo fui uno de los que estuve en Getsemaní cuando el prendimiento de Jesús el Nazareno. Aquella noche fue una noche más fría de lo que es habitual en primavera aquí en Jerusalén. Y el cielo estaba lleno de nubes, tanto que la luna llena apenas podía dejar un manto tenue de resplandor sobre el torrente Cedrón cuando lo atravesamos. Por eso llevábamos antorchas.
Yo no conocía al Nazareno. Solo había oído hablar de él. Sobre todo, por boca de la mujer de un vecino nuestro, que era paralítico. Era paralítico, y dicen que Jesús lo curó un día que pasó por la Piscina de Betesda y lo encontró allí, tumbado en el suelo, como habitualmente se lo podía ver. Curado está, eso es evidente... pero si lo curó Jesús o no, y cómo lo hizo, eso yo no puedo asegurarlo. Los jefes comentaban que Jesús actúa con el poder de Satanás.
Bueno, a lo que vamos. Yo estaba en la comitiva que venía a detenerlo. Y la verdad es que la detención fue sencilla. Era como si ya estuviera esperando que llegáramos; casi se nos adelantó. Uno de su grupo iba con nosotros para ayudarnos a reconocerlo, pero apenas hizo falta que nos condujera hasta él, porque Jesús nos salió al paso y nos preguntó que a quién buscábamos.
Algunos nos sorprendimos de aquello. Cualquiera, habiendo sabido que venían a apresarlo se habría buscado defensa o se habría escondido. Pero, Jesús estaba allí indefenso y casi tendiendo las manos para que lo ataran.
Tan sólo uno de los discípulos, —creo que más tarde lo vi en el patio del palacio— se envalentonó y nos plantó cara. No sabía muy bien lo que hacía, se veía a todas luces que no estaba acostumbrado a empuñar un arma; pero en un golpe errático me partió la oreja con la espada. Luego Jesús lo recriminó y él salio huyendo. Igual que todos los otros que estaban con él allí en el huerto. Jesús no perdió la calma y acercándose me curó. Eso fue lo que más me impresionó de aquel encuentro. De ser él, yo me hubiera defendido, habría pensado en mí; pero no, él, haciendo caso omiso de lo que pasaba alrededor, se fijó en mí a quien no conocía de nada y que, además, venía en contra de él.
Este Jesús debió ser un hombre excepcional. Ni siquiera el Sumo Sacerdote, a quien hace tanto tiempo sirvo, había tenido nunca conmigo una mirada de compasión como aquella.
Y vosotros, ¿habéis percibido alguna vez su compasión?

Malco, criado del Sumo Sacerdote

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

CUARTA ESTACIÓN
LAS NEGACIONES Y BURLAS

LA PALABRA

Después de prenderlo, se lo llevaron y lo hicieron entrar en casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía desde lejos. Ellos encendieron fuego en medio del patio, se sentaron alrededor, y Pedro estaba sentado entre ellos. Al verlo una criada sentado junto a la lumbre, se le quedó mirando y dijo: «También este estaba con él».
Pero él lo negó, diciendo: «No lo conozco, mujer».
Poco después, lo vio otro y le dijo: «Tú también eres uno de ellos».
Pero Pedro replicó: «Hombre, no lo soy».
Y pasada cosa de una hora, otro insistía diciendo: «Sin duda, este también estaba con él, porque es galileo».
Pedro dijo: «Hombre, no sé de qué me hablas».
Y enseguida, estando todavía él hablando, cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces».
Y, saliendo afuera, lloró amargamente. Y los hombres que tenían preso a Jesús se burlaban de él, dándole golpes. Y, tapándole la cara, le preguntaban, diciendo: «Haz de profeta: ¿quién te ha pegado?
E, insultándolo, proferían contra él otras muchas cosas (Lc 22,54-65).

EL TESTIGO

Me dormí en el huerto, como los otros dos: ya os lo ha contado antes Santiago. Pero es que, encima, luego huí; en realidad huimos todos: me asusté cuando vi a todos esos hombres con antorchas, palos y espadas. Era demasiada gente. Además, Jesús se negó a defenderse.
No me sentía tranquilo. Por eso luego tuve que volver: necesitaba saber qué pasaba. Y me dirigí a casa del sumo sacerdote. No me resultó difícil colarme en el patio con los sirvientes, porque teníamos allí gente conocida. Pero no fui capaz tampoco de defenderlo. No ya ante los capitostes del pueblo, que eso me estaba vedado; sino ante una muchachita que hacía de portera en la casa y ante unos cuantos que se calentaban alrededor de un fuego que habían encendido.
Cada vez que lo recuerdo y lo relato me duele algo en lo más profundo de mí. No entiendo cómo pude ser tan cobarde. No solo una vez, sino repetidas veces aquella noche. Lo dejé solo. Lo abandoné. Negué haberlo jamás conocido y lo hice con violencia y con acritud. Allí dentro, en el palacio, lo estaban juzgando; pero yo fuera, en el patio, lo condené. Entonces ya no pude aguantarme más. Salí corriendo, necesitaba esconderme y desahogarme. Hubiera querido que me tragase la tierra. Y lloré amargamente. Pero con eso no logré librarme de la pena que me invadía. Jesús me había hecho llorar muchas veces; y eso que los pescadores somos gente dura. Mas ninguna otra fue como aquella noche negra.
No me entra en la cabeza que me encargara después que yo sostuviera la fe de los otros, cuando le había demostrado que era tan débil y había caído tan bajo. Pero así es Jesús, casi siempre se sale de los esquemas que tú tienes. Es especial. Fue duro conmigo, pero me trató al mismo tiempo con tanta ternura...
Seguro que a ti también te ha hecho llorar alguna vez.

Pedro, discípulo de Jesús

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

QUINTA ESTACIÓN
EL INTERROGATORIO

LA PALABRA

Cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, con los jefes de los sacerdotes y los escribas; lo condujeron ante su Sanedrín, y le dijeron: «Si tú eres el Mesías, dínoslo».
Él les dijo: «Si os lo digo, no lo vais a creer; y si os pregunto, no me vais a responder. Pero, desde ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios».
Dijeron todos: «Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?».
Él les dijo: «Vosotros lo decís, yo lo soy».
Ellos dijeron: «¿Qué necesidad tenemos ya de testimonios? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca» (Lc 22,66-71).

EL TESTIGO

Yo siempre he estado orgullosa de mi marido. Mi Elías es escriba. Se ha dedicado desde que era pequeño al estudio y a la enseñanza de la Ley de nuestro pueblo, de la Ley de Dios. Y hoy tiene más de sesenta años. Ser intérprete y maestro de la Ley es un gran honor: para él y para toda la familia.
Mi hombre siempre ha sido un hombre justo; por eso el Sanedrín, el Consejo del pueblo, ha apreciado en toda ocasión escuchar su parecer en los asuntos importantes.
El día que se reunieron para juzgar a Jesús el galileo, por supuesto, lo llamaron. Pero a mí me pareció que aquel asunto había sido turbio desde el principio. Vinieron a buscar a mi marido a todo correr. Decían que era algo de importancia capital. «Ha de serlo», pensé yo, pues si no, no hubieran venido justo aquel día, que para nosotros era un día de fiesta. Pero lo que me extrañó de verdad fue el oír comentar que era para un juicio. Nunca había oído yo hablar de un juicio por la noche. Hasta creo que está prohibido por la Ley: los juicios tienen que ser siempre de día, en lugar público y con testigos. Yo no dije nada: las mujeres nunca nos metemos en estas cosas, pero me pareció raro de verdad.
Mi Elías vino a casa bien entrada la noche y no quiso hablarme ni una sola palabra de lo que había pasado. Venía cambiado, contrariado. Me di cuenta solo con verle la cara cuando apareció por la puerta: conozco bien a mi marido. Me había quedado a esperarlo despierta, porque no lograba conciliar el sueño después de su salida presurosa.
Al día siguiente salió de madrugada. Se pasó toda la noche dando vueltas en la estera, como si estuviera esperando con ansias a que entrara el primer rayo de sol por la ventana del patio. Y se fue igual, sin decir ni media palabra.
Después me enteré de lo ocurrido. Lo contaron las mujeres en la fuente.
Tras la muerte de Jesús pasamos una mala racha en casa. Elías perdió su buen ánimo y andaba siempre cabizbajo y pensativo. Le molestaba incluso que nuestros nietos se le acercaran y le pidieran jugar con él. Nunca más volvió a presentarse en las reuniones del Sanedrín.
Ahora parece que algo ha empezado ya a cambiar. Lía, la vecina, que es de los de Jesús, nos invitó a ir a la reunión que ellos hacen el domingo. Mi marido estuvo todo el tiempo llorando: yo nunca lo había visto llorar. Pero ha encontrado alivio. Y seguimos yendo a las reuniones a partir el pan.
Seguro que vosotros que me escucháis también vais a las reuniones del domingo para sentir su presencia y su fuerza y para agradecer su entrega.

Salomé, mujer de Elías el escriba

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

SEXTA ESTACIÓN
EL JUICIO

LA PALABRA

Y levantándose toda la asamblea, lo llevaron a presencia de Pilato. Y se pusieron a acusarlo, diciendo: «Hemos encontrado que este anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey».
Pilato le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?».
Él le responde: «Tú lo dices».
Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: «No encuentro ninguna culpa en este hombre».
Pero ellos insistían con más fuerza, diciendo: «Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde que comenzó en Galilea hasta llegar aquí».
Pilato, al oírlo, preguntó si el hombre era galileo; y, al enterarse de que era de la jurisdicción de Herodes, que estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días, se lo remitió (Lc 23,1-7).

EL TESTIGO

Cuando me trajeron a aquel reo, me fastidió. No me interesaba demasiado el asunto. No era más que un perturbador, un agorero insignificante más entre los muchos que de vez en cuando surgían en aquel pueblo fanático, defensor a ultranza de los derechos de su Dios. A mí no me importaba. Pero los jefes judíos estaban alterados; y no había necesidad, justo ahora en Pascua, de tener un altercado. Yo estaba para garantizar el orden público, que es el romano.
Si quitar a ese profeta de enmedio satisfacía a las autoridades de Israel y creaba calma, ¿por qué no condenar a este hombre? Al fin y al cabo, no era nada más que un hombre. Otro galileo agitador. Uno más.
En muchas ocasiones había yo interrogado a un acusado. Pero aquella vez fue distinta. No me sentía a gusto. Él estaba allí, alto, delante de mí. Tenía —la verdad es que no sé por qué— la impresión de que estaba por encima de mí. Como si dominara la situación, que por fuerza debía ser trágica para él. Yo necesitaba sentirme fuerte, seguro de mí. Y en modo alguno transparente. El gobernador era yo. Era yo el que mandaba. El juez era yo.
Era preciso que me temiera, que no supiera lo que yo pensaba. Mas ese Jesús tenía trazas de penetrar los corazones: me sentí juzgado por él. Me invitó a reconocer que yo no sabía nada de la verdad de la vida. «¿Qué es la verdad?», le pregunté.
Me pareció que veía mucho más lejos que yo. Como me dijeron que era Galileo, y Herodes estaba entonces en la ciudad, se me ocurrió mandarlo a él. Al fin y al cabo, el responsable de los Galileos era Herodes. Además, a mí esos asuntos de la religión de los judíos me dan dolor de cabeza. Seguro que el rey Herodes iba a saber hacer un trato con los jefes religiosos de su pueblo, puesto que se trababa de cosas de religión. Por desgracia no fue así, porque Herodes me lo mandó de vuelta y dejó en mis manos el problema.
Con vergüenza tengo que reconocer que los ancianos del pueblo me ganaron la partida. Soliviantaron al pueblo y me presentaron una acusación política. Yo sabía que no era verdad, que aquel hombre no era un terrorista ni pretendía hacer frente al emperador ni a Roma: no había nada más que mirarle la pinta. Pero no pude hacer nada.
Me lavé las manos en todo este asunto. Pero sé que, a pesar de todo, no pude quedarme al margen: desde entonces el mundo entero me juzga por ello.Seguro que también vosotros lo hacéis; pero, ¿sabéis que? Que sois unos hipócritas, porque vosotros, a pesar de decir que sois discípulos suyos, también os laváis muchas veces las manos.

Pilato, gobernador

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

SÉPTIMA ESTACIÓN
LA PANTOMIMA

LA PALABRA

Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento, pues hacía bastante tiempo que deseaba verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hacía muchas preguntas con abundante verborrea; pero él no le contestó nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco. Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio y, después de burlarse de él, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos entre sí Herodes y Pilato, porque antes estaban enemistados entre sí (Lc 23,8-12).

EL TESTIGO

Cuando me avisaron de que Pilato me había mandado a Jesús el Nazareno me gustó la idea de recibirlo en mi casa. Hacía ya tiempo que tenía ganas de verlo, porque, después de lo del Bautista, había oído hablar mucho de él y de sus milagros. Aunque la verdad es que, después de todo, el profeta me defraudó nada más verlo. Yo esperaba un hombre con más presencia y verbo, pero se mantuvo callado ante mí y para nada tenía el aspecto de un hacedor de prodigios o del hombre extraordinario del que la gente hablaba.
Se veía que lo habían maltratado y comprendí que Pilato me lo mandó para quitarse un problema de encima: seguro que los sanedritas estaban detrás de aquello. Así que mandé al Nazareno de vuelta a Pilato, dejándole claro que yo no tenía nada que hacer. Y aproveché para mandarle un mensaje. Lo vestí con una toga blanca, como la que llevan los magistrados romanos. Seguro que Pilato comprendió la ironía, porque luego me contaron que él a su vez, cuando presentó a Jesús al pueblo, le puso un manto de púrpura como el que usamos nosotros, los grandes judíos, para devolverme el mensaje. Los dos aceptamos el mutuo reto con sentido del humor y a partir de entonces, aunque nos seguimos guardando el aire, podemos relacionarnos de manera más fluida. Así que para algo nos sirvió el episodio del juicio del Nazareno.
De todas formas, hoy sigue siendo para mí una incógnita la razón por la que Jesús se presentó a mí como se presentó: por qué su silencio, por qué renunció a defenderse. La gente decía maravillas de él, y hasta Juan el Bautista le tenía reverencia, que en más de una ocasión me lo manifestó.
Creo que nunca llegaré a comprender el misterio de ese hombre.
No sé si vosotros, los que después de pasar veinte siglos lo confesáis Hijo de Dios, habéis comprendido su misterio o hacéis por dónde.

Herodes, tetrarca de Galilea

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

OCTAVA ESTACIÓN
LA CONDENA

LA PALABRA

Pilato, después de convocar a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: «Me habéis traído a este hombre como agitador del pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas de que lo acusáis; pero tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto: ya veis que no ha hecho nada digno de muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré».
Ellos vociferaron en masa: «¡Quita de en medio a ese! Suéltanos a Barrabás».
Este había sido metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio. Pilato volvió a dirigirles la palabra queriendo soltar a Jesús, pero ellos seguían gritando: «¡Crucifícalo, crucifícalo!».
Por tercera vez les dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré».
Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su griterío. Pilato entonces sentenció que se realizara lo que pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad (Lc 23,13).

EL TESTIGO

El oficio de un carpintero es trabajar la madera. Pero preparar un madero horizontal para cargarlo a los condenados que ni siquiera conozco y luego colgarlo en otro vertical para poner fin a una cruel tortura... eso no me agradó nunca. Me veía obligado por las autoridades... y por la necesidad: soy padre de familia y muchas veces faltan los recursos.
Me gusta mi trabajo. La madera está al servicio del hombre para su uso, para su descanso y para su mesa. El árbol es el que lo protege del sol o de la lluvia. Es el alimento del fuego que le da poder y abrigo. Y yo, yo he estado siempre molesto cuando he recibido el encargo de fabricar un instrumento de tortura; el madero sobre el que iba a agonizar un crucificado con un tormento atroz.
Tres hombres cargaron sobre sus espaldas el madero de su cruz aquella mañana. Se había corrido la voz de que iban a ajusticiar a Jesús Barrabás, un terrorista que había asestado algunos duros golpes a los romanos. Pero extrañamente fue otro Jesús el que cogió su cruz. Parece que al final al bandolero lo soltaron.
Este otro Jesús se agarró a su madero como si esperara ese instante; como si tuviera algún sentido llevar encima esa cruz cruel e infamante.
Aquel día tome la decisión. No iba a fabricar más cruces; aunque me faltara el pan que echarme a la boca no quise ser ni una sola vez más partícipe de la muerte de la gente de mi pueblo, inocentes o no.
Pensadlo, porque esta decisión no se puede estar aplazando una y otra vez. O estás a favor de la vida o estás en contra de ella. Y es preciso asumir las consecuencias de la propia decisión.

Jonatán, carpintero

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo:«¡Bendito sea!»

NOVENA ESTACIÓN
LA AYUDA

LA PALABRA

Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús (Lc 23,26).

EL TESTIGO

Yo venía de camino a mi casa; regresaba del campo después de hacer mis tareas habituales, cansado por el trajín del día; volvía con el paso lento y la respiración pausada: ¡qué día tan agotador! Yo soy un hombre duro, pero aquel era uno de esos días en los que uno quiere llegar pronto a casa y cobijarse en el calor del hogar. Además, la familia estaba esperando para la Pascua... No era aún mediodía, pero el cielo había empezado a ponerse gris.
Llegando a la ciudad, se escuchaba el rumor de la gente; era lógico: todo el mundo estaba preparando la fiesta...
Seguí caminando hacia la puerta de la ciudad y entonces me di cuenta que el barullo era por otra causa. De repente, sin comerlo ni beberlo me vi implicado en algo que nunca pude imaginar: los soldados romanos estaban sacando a tres hombres y los llevaban al Gólgota para ajusticiarlos. Me obligaron, literalmente, a cargar la cruz de uno de ellos, que no podía ya ni tirar de sí mismo.
Me llené de ira por dentro. ¡Yo llevar una cruz! ¿por qué? ¿qué tenía yo que ver con ese hombre? Que la llevara él, ¿no era suya? Me inundé de coraje por dentro, os he dicho. Sí, por dentro, porque ¿quién se atrevía a protestarle a los soldados?
Cogí el madero de mala gana y me metí en la comitiva. Miré entonces la tablilla que el reo llevaba colgada del cuello: «Jesús el Nazareno, el rey de los judíos»; eso era lo que decía.
Entonces me estremecí. «Jesús el Nazareno...» ¿Sería él? Si era, estaba irreconocible, con un casco de espino sobre la cabeza y el rostro ensangrentado. Su espalda debía estar en carne viva a juzgar por las manchas de sangre de su túnica; y andaba encorvado sobre sí mismo. ¿Sería él?
Eché a caminar deprisa delante de él, como para acabar cuanto antes. Después de unos pasos no pude evitar volver la cabeza. Entonces pude verle en sus ojos un gesto de agradecimiento. ¡Era él! ¿Cómo podía ser? ¿Por qué lo llevaban a matar? Era el nazareno con el que estuvimos en el Lago de Galilea cuando fuimos a ver a los parientes de Cafarnaún. Aquel era un hombre bueno. Sus palabras eran palabras de aliento y de gozo y hasta hizo posible que la multitud que estuvimos aquel día escuchándolo no nos fuéramos a casa sin comer nada. La gente dice que fue un milagro.
¿Qué había pasado? ¿Por qué lo condenaban? ¿Qué había hecho? ¿Y el letrero de la tablilla...?
No era tiempo de preguntas. Me volví hacia atrás y rodeé su cintura con mi brazo para tirar de él y hacerle más llevadera la subida.
No ha habido ni un solo día de mi vida en que no haya recordado aquel momento. Sigo siendo un hombre pobre. No tengo sino mis manos para trabajar. Pero estoy orgulloso de haberles dejado a mis hijos Alejandro y Rufo esta herencia: la de haber sido quien ayudó a Jesús a cargar su cruz.

Simón, campesino

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

DÉCIMA ESTACIÓN
LA COMPASIÓN

LA PALABRA

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: "Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado". Entonces empezarán a decirles a los montes: "Caed sobre nosotros", y a las colinas: "Cubridnos"; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?".»
Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él (Lc 23,27-32).

EL TESTIGO

Se dice que las mujeres no saben más que llorar. Pero no veo qué otra cosa podíamos hacer. Eramos seis o siete. Vecinas todas. Salimos a la puerta para ver el cortejo que conducía a Jesús hasta el lugar del suplicio. Curiosas, quizás, pero solo al principio. Una que estaba en el grupo, pasó por en medio de los soldados para ir a limpiar el rostro de aquel a quien todos insultaban. Aún no me explico cómo pudo saltar la barrera que hacían los soldados. Ella lo conocía. Después nos habló de él, de las cosas que Jesús decía. Nos contó que la había curado de su mal de flujo de sangre, un mal que había arrastrado durante muchos años. Nos habló de la ternura que le mostró, cuando, asustada, se acercó apretada por el gentío para tocarle el manto a Jesús con la confianza de que saliera de él la fuerza de Dios para curarla. ¡Qué extraño misterio, que aquel que tanta compasión derrochó con ella se viera ahora maltratado y despreciado de ese modo! ¡Qué rara paradoja que aquel que secó la fuente de su hemorragia, precisase ahora de ella para enjugar su sangre! Y qué extraño misterio que aquel que había sido su médico necesitase entonces de su atención y de su lienzo.
Cuando ella se acercó a enjugarle el rostro, Jesús la miró con reconocimiento. Luego Jesús se dirigió a nosotras. No logré entender entonces todo lo que dijo. Creo que nos reprochó nuestras lágrimas. Que anunció una catástrofe. Que nos profetizó que íbamos a llorar por nuestros maridos y por nuestros hijos. Y no me atreví a preguntar a las otras para saber más. Sentí que aquello era todo una locura y pensé que hubiera sido mejor no estar allí en la casa aquella mañana. Hubiera sido mejor estar en la fuente o en el lavadero, me dije.
Cuando pasaron unas semanas, Verónica nos invitó donde los apóstoles y nos hicimos de los suyos.
Solo entonces, en la comunidad, comprendí el sentido de tanto sinsentido.
Si tienes muchas preguntas acércate a los nazarenos, entra en el grupo de los que lo siguen, porque el Señor, aunque no responde a todas las preguntas, al menos alivia la urgencia del interrogante.

Sara, una mujer de Jerusalén

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo:
«¡Bendito sea!»

UNDÉCIMA ESTACIÓN
LA CRUCIFIXIÓN

LA PALABRA

Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».
Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas, diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido».
Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo».
Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos» (Lc 23,33-38).

EL TESTIGO

Seguí el mismo camino que él, ese camino atroz. Cuando un hijo sufre hasta este punto, la obligación de una madre es estar con él. Él había dicho: «El que quiera ser mi discípulo, que me siga». Y yo soy madre, pero también discípula; que los otros discípulos, tan queridos por mi Hijo, es como si fueran hijos míos.
Los golpes y los insultos, las caídas y los clavos. Todo lo sentí en mi carne, en mi corazón. Me partió el alma su desnudez y la vergüenza con que lo afrentaron. Me rompieron el corazón las burlas de los que lo miraban con desprecio y se mofaban de él. ¿Qué necesidad había de causarle más dolor, tal y como ya estaba, colgado de la cruz? ¿Por qué lo castigaban tan cruelmente, si mi Hijo solo había hecho cosas buenas?
Yo lo miraba con cariño y con ternura. Y con dolor profundo, clavado en el alma, como un puñal. A distancia, porque no nos dejaban acercarnos demasiado.
Era tanto mi dolor que no había en mis entrañas lugar para la ira. «¡Que se acabe! ¡Que se acabe!» esa era la petición que resonaba en mi mente.
Tenía miedo de agravar sus sufrimientos, si dejaba aparecer mi angustia. Pues la confianza se mezclaba dentro de mí con el terror.
Aprendí de él el perdón. Pero aquellas palabras de perdón que pronunció con esfuerzo en lo alto del madero para exculpar a sus verdugos tenían mucho de sobrehumano. Los hombres no saben, no pueden hacer eso. Cuando más derrotado estaba mi Hijo, más lleno de Dios se mostró. Cuando había bajado hasta el fondo de la miseria humana, más manifiesta pude ver su grandeza. Cuando más hundido en cieno, más brillante aparecía su dignidad.
Poco antes del fin me confió a su discípulo más querido, dándomelo como hijo a quien querer. Desde entonces ya siempre estuvimos juntos. Me hice la madre de todos ellos, del grupo entero: es lo que entendí que mi Hijo me pedía.
Me mantuve de pie, abrumada pero voluntariosa, con las otras mujeres del grupo, lo más cerca de él que nos permitieron los soldados. Pero luego, cuando todo se hizo oscuridad por dentro y por fuera, cuando lo recibí muerto en mis brazos, sentí que se me venía el mundo encima. Que todo había sido en vano. Que me lo habían quitado para siempre y que habían rechazado su bondad. ¡Me costó —nos costó a todos— tanto trabajo entenderlo todo!
En vuestro dolor, hijos míos, no desfallezcáis, confiad siempre contra toda esperanza.

María, madre de Jesús

LA ORACIÓN

Dios te salve, María...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

DUODÉCIMA ESTACIÓN
LA MISERICORDIA

LA PALABRA

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros».
Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo»
Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».
Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,39-43).

EL TESTIGO

No sabría ahora decir con certeza si fui un ladrón o un revolucionario que odiaba con todo el corazón a los invasores romanos. Probablemente las dos cosas. Seguro que les di motivos para tratarme de aquel modo. Así eran las cosas... Y yo lo sabía de antemano. No quiero discutir mi condena. Con todo, yo no merecía la muerte. ¿Quién puede merecerla?
Además, me la adelantaron. A mí y al otro que ajusticiaron con nosotros. No nos tocaba todavía, pero los soldados querían dar un escarmiento y escenificaron su macabro teatro. Jesús se había proclamado rey; y allí lo pusieron en su trono —la cruz— y con su corona —de espinas—, con el letrero encima, para que quedara bien claro. Y nosotros dos a sus dos lados, en nuestros respectivos «tronos» como primeros ministros de su corte. El pueblo entendía muy bien la lección: así trata Roma a los que cuestionan la autoridad del César.
Dicen que cuando vas a morir pasan por delante de ti, en rápido cortejo, todos los episodios de tu vida. Al menos en mi caso fue cierto, a pesar del dolor y de la rabia. Pero a pesar de todo, en el corto rato de la agonía comprendí muchas cosas. Simplemente con mirar a Jesús y escucharlo. En modo alguno tenía sitio entre nosotros, pero no quiso rechazar este lugar. Era un hombre libre. Estaba por encima de los que le hacían sufrir. No quise consentir que el otro ajusticiado lo insultara. Pero Jesús, como si estuviera por encima de todos los insultos, no se defendió. Y pronunció palabras de perdón para los que estaban abajo mofándose.
A mí me dijo palabras que me dejaron reconfortado, que me caldearon el corazón, como si mi madre hubiera venido a abrazarme: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».
Sentí que me daban un regalo que yo no merecía, que no me había ganado ni podría ganar hiciera lo que hiciera en la vida.
Seguro que la gente que estaba aquella tarde allí no fue capaz de entenderlo; puede que tú tampoco hoy; pero, ahora que se ha abierto para mí la puerta de la vida, comprendo que morir a su lado fue un privilegio que inmerecidamente se me concedió.

Dimas, un condenado a muerte

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

DECIMOTERCERA ESTACIÓN
LA MUERTE

LA PALABRA

Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».
Y, dicho esto, expiró.
El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios, diciendo: «Realmente, este hombre era justo».
Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo todo esto (Lc 23,44-49).

EL TESTIGO

Estar encargado de llevar a buen término una crucifixión, ¡qué sucia faena!
Hundir los clavos en las muñecas y en los pies, salpicarse de sangre y lágrimas, y oír dentro de mi cabeza esta queja profunda, triste, que he escuchado durante años, incluso cuando estoy tranquilo en casa con mi esposa... ¡Llevo grabada en la mente esa queja!
Jesús no gritó, como los otros. Me miró, y en ese momento, comprendí que su condena era una injusticia. Y me pregunté si no lo habrían sido las de tantos a los que yo había visto morir ante mis propios ojos.
Aquel ajusticiado puso en tela de juicio todas mis ideas de la justicia. Su dignidad me hizo sentir que toda mi vida había sido un fracaso, puesta al servicio de la opresión y de la muerte.
Aquel hombre despojado de toda dignidad, hizo aflorar en mí la poca dignidad que aún quedaba en algún resquicio de mi corazón. Y desde entonces, ya no pude ser el mismo.
Me vi obligado, por una orden, a hundirle la lanza hasta el corazón. De hecho, no habría sido necesario, porque ya estaba muerto: el castigo que le habíamos infligido había ido más allá de lo estipulado. Aún así sentí que al abrir la herida en aquel costado muerto salió de él la vida. Puede que os parezca locura, pero eso fue lo que sentí: como si el aliento mismo de la vida me soplara con fuerza a la cara.
Mis soldados no quisieron romper su túnica. La echaron a suerte. Las demás pertenencias del ajusticiado se las repartieron jugando a los dados. Yo los miraba con tristeza y con rabia...
La historia ha sido cruel cuando ha juzgado a los soldados romanos de la época, pero la verdad es que dimos razón suficiente para ese juicio.
Al fin, no pude aguantarme más. Y grité —aún no me explico por qué, porque yo no conocía aún a Dios— que aquel hombre era un inocente, un hijo de Dios. Nadie me contradijo, nadie se rió de mí. Nadie asintió. Pero os juro que me escucharon todos.
¡Ese Jesús a quien habíamos torturado era más grande que la tortura! Se pueden clavar las manos y los pies. Pero no se clava la libertad. El amor no puede ser crucificado, no puede matarse.

Longinos, centurión romano

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

DECIMOCUARTA ESTACIÓN
LA SEPULTURA

LA PALABRA

Había un hombre, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo (este no había dado su asentimiento ni a la decisión ni a la actuación de ellos); era natural de Arimatea, ciudad de los judíos, y aguardaba el reino de Dios. Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía.
Era el día de la Preparación y estaba para empezar el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo. Al regresar, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron de acuerdo con el precepto (Lc 23,50-56).

EL TESTIGO

La gente decía que yo era «justo»: a la vez honrado y temeroso de Dios.
Yo nunca me tuve, por tanto. Pero, de verdad, tenía horror a las malversaciones, a las hipocresías y a los abusos de poder. Y os confieso que me tuve que tragar muchos.
Jesús era manifiestamente inocente. Una inocencia envidiada, odiada, molesta. Su ejecución como si fuera un vulgar malhechor me sublevó. Pero me faltó valor para oponerme más de lo que lo hice. O no pude. No lo sé muy bien...
Luego cuando, desde lejos, lo vi morir, me di cuenta de que no podía consentir que el cuerpo de Jesús permaneciera colgado durante el sábado. Reclamé su cuerpo. Me lo concedió Pilato. Menos mal que los jefes, una vez que habían conseguido su propósito, se fueron y perdieron todo su interés por Jesús.
Yo, con algunos amigos de Jesús —no penséis que muchos— y con su madre y las otras mujeres, transportamos ese cuerpo cubierto de llagas hasta la sepultura que yo me tenía reservada.
El sepulcro estaba cerca, muy cerca. Suerte que yo lo había comprado para mí y nadie había sido enterrado en él todavía, porque si no, no se nos hubiera permitido ponerlo allí a él, muerto como un maldito de Dios, junto con los cuerpos de los fieles del Señor.
¡Qué duro meter en el propio sepulcro a una persona que por ley de vida tendría que permanecer mientras uno se va!
Fue como un presentimiento, podréis pensar que estúpido —yo sé hoy que no lo es—: Jesús moría en puesto de mí; quizá en puesto de todos nosotros.
¡Qué vacío nos quedó cuando la piedra cerró la entrada de la tumba! ¡Y Jesús en la oscuridad de la noche, en las tinieblas, en los infiernos! Jesús en lo más hondo del universo humano.
Solo algunos días después pudimos entender las palabras que él mismo había dicho a los discípulos y que yo pude oírlos repetir a ellos como sonámbulos aquel sábado fatídico: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto, pero si muere da fruto abundante»

José de Arimatea

LA ORACIÓN

Padre nuestro...

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz.
Hermanos, decid conmigo: «¡Bendito sea!»

¡MÍRANOS CON MISERICORDIA!

Jesús, Señor de la Humildad.

Jesús, Señor de la Misericordia.

Jesús, Hijo de Dios.

Jesús, hijo del hombre.

Jesús, hijo de David.

Jesús, hijo de María Virgen.

Jesús, Dios-con-nosotros.

Jesús, ungido por el Espíritu.

Jesús, hermano nuestro.

Jesús, sol de justicia.

Jesús, luz del mundo.

Jesús, sal de la tierra.

Jesús, príncipe de la paz.

Jesús, obediente al Padre.

Jesús, camino cierto.

Jesús, verdad completa.

Jesús, vida eterna.

Jesús, palabra de vida.

Jesús, pan de vida.

Jesús, buen pastor.

Jesús, vid verdadera.

Jesús, viñador solícito.

Jesús, maestro bueno.

Jesús, profeta de la nueva alianza.

Jesús, siervo doliente y obediente.

Jesús, rey del nuevo reino.

Jesús, rey de reyes.

Jesús, Señor de los señores.

Jesús, sacerdote único.

Jesús, fortaleza de los débiles.

Jesús, manso y humilde de corazón.

Jesús, cordero inocente.

Jesús, grano de trigo.

Jesús, puerta del redil.

Jesús, piedra angular.

Jesús, testigo fiel.

Jesús, juez justo.

Jesús, alfa y omega.

Jesús, a y zeta.

Jesús, principio y fin.

Señor Jesús,
hemos recorrido contigo
el camino de la cruz
y te hemos depositado
en el sepulcro.

Hemos escuchado
a los testigos que presenciaron
aquel camino infame,
aquel acontecimiento único,
aquella misericordia inefable.
Queremos escuchar también
a los otros testigos,
a los de hoy,
a los que tienen los ojos abiertos
para percibir que tu pasión
no ha terminado todavía.
Y hemos recordado que nosotros
somos también testigos,
¡tenemos que serlo!:
El mundo nos necesita.

Como las mujeres y los discípulos,
estamos a veces desanimados
y sin aliento.
Convéncenos de que la cruz
es el trono en el que reina el amor.
Convéncenos de que el sepulcro
es semillero de esperanza.
Haznos descubrir tu resurrección
y tu presencia
en todos los momentos de la vida
y especialmente en los de dificultad.
Tú que vives y reinas
Por los siglos de los siglos.
Amén.